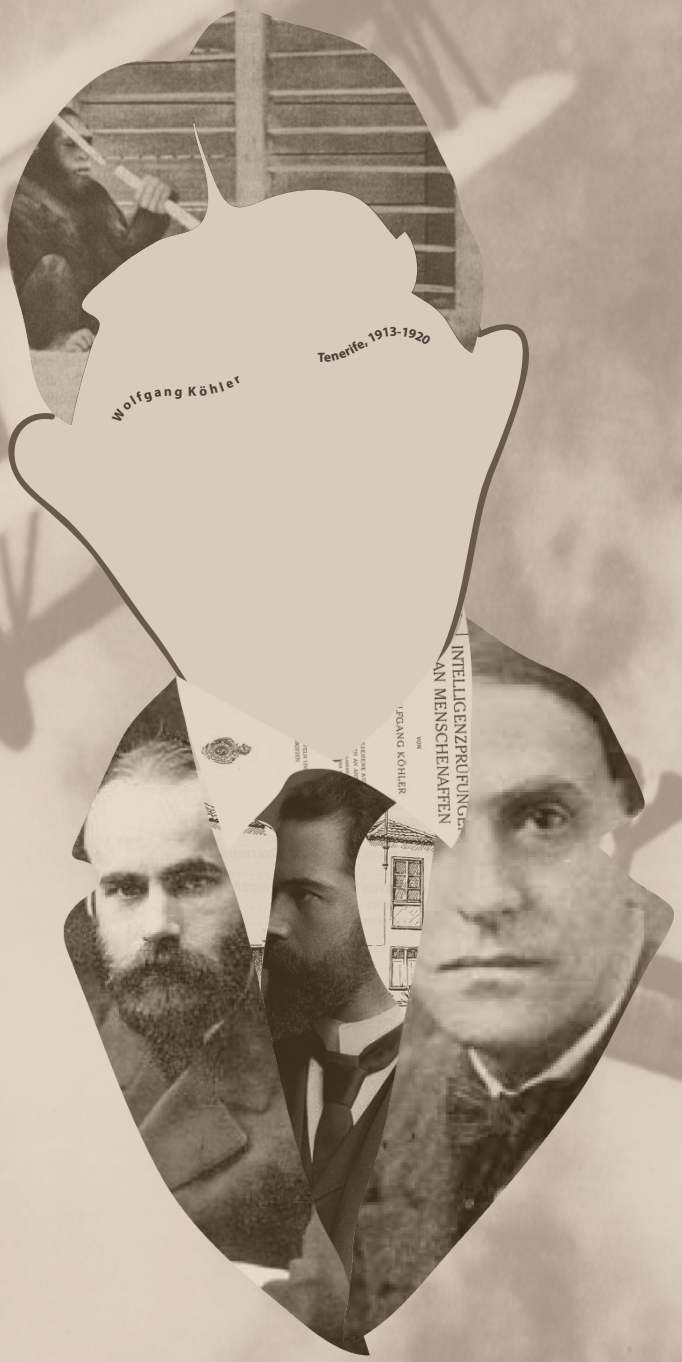
Nº 52
v/2014

BSEHP

BOLETÍN INFORMATIVO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA



SOCIEDAD ESPAÑOLA de
SEHP
HISTORIA de la PSICOLOGIA

s u m a r i o

EDITORIAL 1

ARTÍCULOS

Marino Pérez-Álvarez. *La historia como sistema, también en psicopatología.* 2

Antonio Rodríguez-Morini. La locura de Don Quijote.
En *Revista Frenopática Española, año III,* núm. 29 (mayo de 1905), pp. 137-144. 20

CRÓNICAS DE LA SEHP

Ana María Talak. XXVII Symposium (Madrid, mayo de 2014). 24

RESEÑAS CRÍTICAS

Libros

Iván Sánchez Moreno. Bencivelli, Silvia (2011). *Por qué nos gusta la música. Oído, emoción, evolución.* Trad.: Jorge Rizzo. Barcelona: Roca Editorial. 28

Belén Jiménez. Guillaume, Fabrice; Tiberghien, Guy; Baudouin, Jean-Yves (2013). *Le cerveau n'est pas ce que vous pensez. Images et mirages du cerveau.* Grenoble: PUG. 31

Necrológicas

Juan José Fernández Teijeiro. Tras las huellas de Eugene Taylor (1946-2013). 34

Tesis doctorales

Edgar Cabanas Díaz. La felicidad como imperativo moral. Origen y difusión del individualismo "positivo" en el capitalismo neoliberal y sus efectos en la construcción de la subjetividad. 35

EL DESVÁN DE PSI

Iván Sánchez-Moreno. La incierta historia de Francine Descartes, o un autómata en el fondo del mar. 37

Fe de erratas. 38

editorial

El primer número de este año en el que se conmemora el centenario de la Primera Guerra Mundial, llega con el recuerdo todavía fresco del XXVII simposio de la Sociedad Española de Historia de la Psicología que celebramos el pasado mayo en Madrid. Precisamente, como colofón del mismo, tuvimos la ocasión de escuchar a Marino Pérez, psicólogo clínico y catedrático de Psicología de la Personalidad, Evaluación y Tratamientos Psicológicos de la Universidad de Oviedo. Con el texto base de su conferencia, que el profesor Pérez nos ha hecho llegar amablemente, abrimos este boletín. En *La historia como sistema, también en psicopatología*, Marino Pérez nos habla de las "conexiones biográficas" entre una serie de casos clínicos y la historia. Acompañando este texto y haciéndonos eco de algunas reflexiones temáticas del simposio de Madrid, hemos decidido incluir en este boletín un artículo de la *Revista Frenopática Española* escrito por Antonio Rodríguez-Morini, discípulo de Joan Giné i Partagás y médico director del Manicomio de Sant Boi de Llobregat (antes San Baudilio). En el mismo, Rodríguez-Morini nos habla de Cervantes como un médico alienista que supo retratar a la perfección la "monomanía" del Quijote. Dejamos a nuestros lectores que obtengan sus propias conclusiones sobre la posible relación entre los síntomas del Ingenioso Hidalgo y su contexto histórico, y, por supuesto, entre el artículo de Rodríguez-Morini y la situación social y cultural de la España de finales del siglo XIX y principios del XX. Para abundar en el resto de contenidos y detalles del simposio de la SEHP, podréis encontrar la crónica que ha elaborado nuestra colega Ana María Talak, de la Universidad Nacional de La Plata.

En este número, la sección de reseñas se presenta muy variada: en ella, descubriréis la necrológica de Eugene Taylor (1946-2013), historiador de la psicología y buen conocedor de la obra de William James; una reseña sobre la tesis recientemente leída de Edgar Cabanas –vaya desde aquí nuestra enhorabuena al flamante doctor– sobre la historia de la psicología positiva; una reseña del libro *Por qué nos gusta la música* donde se discuten las tesis darwinistas decimonónicas y actuales sobre la función de la música en la sociedad a la luz de las tesis más ontogenéticas sobre el gusto musical; y una reseña del trabajo *Le cerveau n'est pas ce que vous pensez* (que podría traducirse como "El cerebro no es lo que usted piensa"), una crítica teórica, metodológica e histórica bien argumentada contra el uso excesivo de la imaginería cerebral. También podréis leer, como viene siendo habitual, la sección *El Desván de Psi*, donde Iván Sánchez-Moreno nos cuenta en esta ocasión la historia (quizá irreal, pero no imposible) de la autómata Francine Descartes.

Como comprobaréis, en este número las secciones vinculadas con el próximo simposio, los premios de la SEHP y la información varia de actualidad han desaparecido. Las mismas estarán presentes a partir de ahora solamente en la nueva página web de la Sociedad, que incluye un blog de noticias, tal y como se anunció en la Asamblea General de Madrid. Vaya desde aquí nuestro más sincero agradecimiento a José Fresnadillo por su generoso apoyo técnico en el diseño de la nueva página y el traslado de contenidos.

Esperamos que todas estas interesantes lecturas os animen a colaborar en la elaboración de nuestro Boletín, haciéndonos llegar reseñas, noticias o cualquier información que consideréis de relevancia para la difusión y la reflexión sobre la historia de la psicología y otras ciencias humanas y sociales afines. Con este fin, os recordamos que nuestra dirección de correo electrónico es: boletinSEHP@gmail.com ¡Buen verano!

El equipo editorial

artículo

La historia como sistema, también en psicopatología[1]

Marino Pérez-Álvarez
Universidad de Oviedo

El título tiene una clara referencia a Ortega, en su obra *Historia como sistema*, de 1935 (Ortega, 1964). Como se recordará, y por lo que aquí importa destacar, Ortega reclama, y con urgencia, la perspectiva histórica para revisar las ciencias que tratan acerca de lo humano, si quieren entender nuestra propia vida. Se refiere Ortega, en particular, a superar y sustituir la razón físico-matemática, que se ha tomado a partir del siglo XVII como una nueva fe, perdida la fe en Dios, por la razón histórica, atenida a "lo que al hombre le ha pasado". Frente a la razón físico-matemática, abstracta, la razón histórica supone toda una revelación: "la revelación de una realidad trascendente a las teorías del hombre y que es él mismo por debajo de sus teorías" (op. cit., p. 50).

La razón física aplicada a los asuntos humanos estudia *hechos*, sin entenderlos, al reducirlos a hechos más simples, que en hechos se quedan. "La razón histórica, en cambio, no acepta nada como mero hecho, sino que fluidifica todo hecho en el fieri de que proviene: ve cómo se hace el hecho. No cree aclarar los fenómenos humanos reduciéndolos a un repertorio de instintos y 'facultades' –que serían, en efecto, hechos brutos, como el choque y la atracción–, sino que muestra lo que el hombre hace con esos instintos y facultades, e inclusive nos declara cómo han venido a ser esos 'hechos' –los instintos y las facultades–, que no son, claro está, más que ideas –interpretaciones– que el hombre ha fabricado en una cierta coyuntura de su vivir." (op. cit., p. 50).

Esto no quiere decir, con referencia a la psicopatología, que no existan hechos *reales*. Tan reales son, sea por caso, las voces alucinatorias o los delirios psicóticos, como las voces oídas proferidas por alguien o las "creencias" de sentido común que se toman como autoevidencias naturales. Lo que se plantea es cómo los fenómenos psicopatológicos son *hechos* reales.

Es aquí donde entra la historia como sistema porque, como dice Ortega, la "historia es un sistema –el sistema de las experiencias humanas, que forman una cadena inexorable y única" (op. cit., p. 43).

Sistema se refiere tanto a la historia biográfica, como a la historia del mundo en el que a uno le pasa lo que le pasa y es como es. La historia, como "ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida" (op. cit., p. 44), es ciencia del presente, no de un pasado que quedó allí. Ahora bien, lo que soy tiene sus raíces, su razón de ser, en un mundo histórico. El individuo humano no estrena humanidad, no es adámico, siempre de nuevo, como el tigre, según el ejemplo de Ortega, que "es siempre un primer tigre" (op. cit., p. 43), el mismo de hace mil años. El hombre no es el mismo de hace mil años, pero tampoco sería como es si no fuera por los miles de años a sus espaldas: desde la invención de la escritura, a las nuevas tecnologías, pasando por los distintos ismos según se han caracterizado las épocas (cristianismo, racionalismo, individualismo, romanticismo, modernismo, fundamentalismo científico, etc.). Porque, como dice Ortega, en frase célebre, "el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene… historia" (op. cit., p. 41).

[1] Texto base de la conferencia en el XXVII Symposium de la SEHP, Madrid, 10 de mayo de 2014.

El ser-humano: siempre en gerundio

La historia debe formar parte de las ciencias humanas como sistema y *por* sistema, no meramente como algo dado por supuesto o usado de forma erudita, sino como constitutivo esencial de los asuntos humanos, incluyendo los fenómenos clínicos y, aún de éstos, especialmente, dada la tendencia a su consideración como fenómenos naturales. No es que en psicopatología se ignore la historia, pero su uso no es *sistemático*.

La *historia general* está reconocida en la psicopatología de dos maneras: a título de factores y a modo de pedigrí. Como factores, se suelen referir condiciones históricas del tipo de procesos de urbanización, migración del campo a la ciudad, industrialización, estrés, donde los verdaderos actores suelen ser los genes, los supuestos desequilibrios neuroquímicos o los circuitos neuronales defectuosos, en una perspectiva biomédica, los mecanismos psicodinámicos, en una perspectiva psicoanalítica, o el procesamiento de la información, en una perspectiva cognitiva. En estas perspectivas, se supone un cerebro, una psique o una mente, cuando no una confusión mente-cerebro, como si fueran entidades naturales y universales, ahistóricas. A modo de pedigrí, se suelen referir casos históricos como equivalentes a trastornos actuales, con el propósito de ilustrar, de nuevo, su carácter natural, ahistórico, como cosa de todos los tiempos. Así, se pueden encontrar "casos" en la Biblia, en la época greco-romana, medieval o moderna, como si fueran la misma cosa *avant la lettre*, por ejemplo, de la depresión o la esquizofrenia de hoy día.

Por su parte, la *historia personal*, biográfica, está reconocida en los enfoques psicológicos. Una característica de la psicología clínica es precisamente el entendimiento del problema en el contexto biográfico, no meramente una historia psiquiátrica protocolaria. Sin embargo, aun dentro de su consideración biográfica, no se dejaría de observar una cierta reificación o sustantivación de procesos y mecanismos postulados por los modelos clínicos, como si operaran con independencia de la historia cultural, como se ha dicho. Si los modelos clínicos funcionan, a pesar de todo, probablemente no se deba tanto a que describen un funcionamiento universal, como a que están atenidos al mundo vigente, cuyas concepciones y procedimientos (mitología, narrativa, rituales) están a la altura de los tiempos. Así, por ejemplo, difícilmente funcionarían hoy explicaciones en términos de "espíritus animales" cartesianos, pero sí en términos de neurotransmisores; ni en términos del "útero errante" hipocrático, pero sí en términos psicosomáticos; ni, en fin, en términos de "posesión demoníaca", pero sí en términos de trauma.

Lo científico de la psicología no está en postular modelos regidos por leyes universales, *ahistóricas*, sino en la aplicación sistemática de la historia: la historia como sistema de las experiencias humanas, que forman –transforman y deforman– la vida única de cada uno. La ciencia está aquí, en las ciencias humanas, como la psicología y, para el caso, la psicopatología, en poner de relieve la *ley histórica* que rige la realidad trascendente, que trasciende –rebasa y desborda–, a las distintas teorías psicológicas y concepciones del hombre, que no es otra que el *ser-humano*, siempre en gerundio (siendo), no en el modo infinitivo, impersonal, sustantivado, hipostasiado, congelado, que la ciencia natural imagina, no sin incurrir en cientifismo.

Implicaciones y desafíos

Un planteamiento histórico sistemático, no simplemente historicista, como el presentado, que toma la historia como sistema y *por* sistema, tiene importantes y comprometidas implicaciones con respecto a conceptos establecidos en la tradición psiquiátrica, así como desafíos que ponen a prueba su potencia conceptual, metodológica y práctica.

Replanteamiento de dicotomías tradicionales

En cuanto a las implicaciones, se refiere al replanteamiento que la historia supone de dos dicotomías establecidas en psiquiatría que no hacen sino perpetuar un dualismo mecanicista inadvertido, si es que no interesado, como son la distinción entre *comprensión y explicación* y *patogenia y patoplastia*. Aun cuando la dicotomía comprensión/explicación ya fue "tocada" en la introducción, al contraponer razón histórica a razón física, importa destacarla, siquiera para señalar su insostenibilidad, con particular referencia a la psicopatología, donde parece que fuera más pertinente que en ninguna otra aplicación, y señalar también su alternativa, no sea que parezca ineludible.

Se ha asumido en psicopatología, *vía* Jaspers, una separación ontológica y gnoseológica entre la comprensión (*Verstehen*) y la explicación (*Erklären*), refiriéndolas a dos niveles distintos de la realidad y confiriéndoles diferentes ciencias (humanas y naturales). Así, mientras que la comprensión sería la capacidad de revivir una experiencia y de captar el sentido intencional de una acción, propio de las ciencias humanas, la explicación sería la especificación de los mecanismos físico-químicos, neuro-biológicos de los fenómenos, propia de las ciencias naturales. De acuerdo con este reparto, la explicación de los fenómenos psicopatológicos sería en términos físico-químicos, como si fueran fenómenos naturales. Frente a esta explicación naturalista, reduccionista, se erige la explicación en términos de razón histórica, como se viene señalando en la perspectiva de Ortega. La idea es que la explicación que corresponde a los fenómenos psicopatológicos sería en términos históricos: biográficos en conexión con la historia colectiva.

Por su parte, la distinción entre patogenia y patoplastia se refiere, de nuevo, a un doble plano: el etiopatogénico, referido a supuestas condiciones genéticas y neuroevolutivas de base y de partida, y el cultural relativo a los distintos contenidos y aspectos que, según los contextos y las épocas, pueden tomar los trastornos psicopatológicos. La cuestión es que los "factores" culturales pueden ser ellos mismos condiciones patogénicas, como se ha mostrado sobre argumentos históricos y estudios empíricos (Pérez-Álvarez, 2012a y 2012b). Es más, posibles correlatos neuronales asociados a trastornos psicológicos pueden ser efecto, más que causa, de las propias condiciones ambientales a las que responden y con las que tienen que vérselas las personas (Pérez-Álvarez, 2011).

Imaginación histórica

Un doble desafío se presenta a este planteamiento. Por un lado, se trata de ver el caso clínico con "imaginación histórica", reutilizando la fórmula de C. W. Mills: cómo las experiencias subjetivas y actos de los individuos forman parte de un escenario histórico, por más que los sujetos no tengan conciencia de ello. Por otro lado, se trata de establecer la conexión entre la historia y la biografía: cómo las condiciones históricas se plasman en la historia personal. Nos referimos, a este respecto, a la "conexión biográfica".

La conexión biográfica entre la historia y el caso clínico

Se va a plantear, a grandes rasgos, la posible conexión biográfica entre la historia y el caso clínico. Se refiere a algo todavía incipiente, pero fundamental, por ser siquiera el principio para ver las cosas de otra manera, acaso el paso más difícil de dar. Se trata de un paso y una posición *radical*, en pos de las *raíces* histórico-culturales de la psicopatología. Aunque esta posición no es usual, dada la hegemonía del enfoque naturalista, tampoco es insólita. Sin ir más lejos, ya se han tratado de identificar las raíces de la psicopatología actual en la reflexividad moderna, mostrando, por un lado, la condición patógena que puede suponer la reflexividad intensificada (una paradoja de la conciencia) y, por otro, el carácter histórico de la hiperreflexividad (Pérez Álvarez, 2008; 2012a y 2012b).

La esquizofrenia como piedra de toque

Para este ensayo de conexión entre historia y biografía se va a tomar como piedra de toque la esquizofrenia, nada menos: una condición que, amén de desafiante para la comprensión humana y la explicación científica, pasa por ser un fenómeno, apenas discutible, de naturaleza neurobiológica y base genética. Sin embargo, la esquizofrenia también se ha visto, y no está superada esta visión, como la apoteosis de una determinada configuración de la subjetividad, típica de un sujeto moderno, difícil de concebir en cualquier otra época y cultura. Se van a seguir, a este respecto, los lineamientos de la historiadora estadounidense Liah Greenfeld en su obra *Mind, modernity, madness. The impact of culture on human experience* (Greenfeld, 2013), del psicólogo clínico estadounidense Louis Sass, en *Madness and modernism. Insanity in the light of modern art, literature, and thought* (Sass, 1992), y del psiquiatra italiano Giovanni Stanghellini en *Disembodied spirits and deanimated bodies. The psychopathology of common sense* (Stanghellini, 2004).

Tres consideraciones fundamentales

La conexión biográfica tiene su base en tres consideraciones fundamentales. De acuerdo con la *primera*, se sostiene que el sujeto o, si se prefiere, la mente humana está hecha de los materiales de la cultura de la que forma parte. Esta comunalidad de materiales está reconocida en la tradición psicológica, desde Vygotski hasta Skinner, cuando muestran que el autoconocimiento es contacto social consigo mismo, a través del lenguaje como "herramienta" de un proceso de roturación y rotulación de un mundo interior que se expande. La determinación causal va del mundo público (comunidad verbal) al mundo privado (interior, subjetivo), sin menoscabo de las producciones debidas a uno como sujeto operante y hacedor de cosas siquiera con palabras. Greenfeld, por su parte, habla de mente y cultura, donde la cultura se refiere como "mente colectiva" y la mente como "cultura individualizada", cuya realidad simbólica es una y la misma cosa ocurriendo en dos niveles: individual y colectivo (Greenfeld, 2013, p. 65 y siguientes). Esta participación esencial de la cultura subjetiva de la cultura objetiva, por utilizar ahora los términos de Simmel, o a la inversa, la participación de la cultura objetiva *en* la cultura subjetiva, permite entender la mente como un proceso cultural (institucional) que sucede en el individuo y la cultura como proceso mental (conductual) que sucede en las transacciones entre individuos en un espacio normativo.

Consiguientemente, los procesos subjetivos, incluyendo trastornos mentales, serían ante todo procesos culturales *en* uno, por más que sean propios de un sujeto corpóreo y sean también únicos por la singular intersección de la trayectoria personal con la historia colectiva. Así, las antinomias y anomias que pudieran caracterizar a una época formarían parte constitutiva, cómo no, de los individuos de esa época. De hecho, *es* en los individuos donde se observan y materializan los conflictos y falta de normas acaso por sobreabundancia de ellas o cuando dan igual unas que otras.

De acuerdo con la *segunda consideración*, se sostiene que la esquizofrenia supone ante todo una determinada alteración del yo, el sujeto o la persona, que implica la experiencia de sí mismo y del mundo, de acuerdo con toda una literatura clásica y reciente, particularmente, en la perspectiva fenomenológica (Sass, 2014). Mientras que la alteración de la experiencia de sí mismo consiste en una forma de *despersonalización* por la que el sentido del yo como centro se desmorona (disociación, alienación), la alteración de la experiencia del mundo consiste en una *desrealización* por la que las cosas se ofrecen descontextualizadas, sin su sentido práctico cotidiano y los demás parecen des-humanizados y des-vitalizados, como si no fueran humanos o lo fueran sólo aparentemente (pérdida de contacto *vital* con la realidad). El mundo pierde su familiaridad y contextura y uno se siente extraño y perplejo. En esta situación, el delirio viene a ser una

realidad alternativa y preferida. Como decía un paciente de Bleuler, en mi mundo soy Dios, en el tuyo practico la diplomacia. Los propios pacientes confirman esta consideración: si el comienzo de la esquizofrenia consiste en una crisis del sentido de sí mismo, la recuperación empieza precisamente por la recuperación del sentido del yo.

De acuerdo con la tercera consideración, se sostiene una afinidad entre el sujeto moderno y la esquizofrenia. Más allá del "enigma" de la epidemia de esquizofrenia que surge en Europa a partir del siglo XVIII (Torrey y Miller, 2007), puede haber una afinidad de la esquizofrenia con la peculiar configuración del sujeto que emerge en esa época. Se trata de un sujeto que a partir del Renacimiento sigue una tendencia individualista e interiorizante. Mientras que la tendencia individualista consiste básicamente en una separación creciente entre el individuo y la sociedad, la tendencia interiorizante consiste en la separación dentro del individuo entre el interior y el exterior. Las investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas de Norbert Elias en su magna obra *El proceso de civilización* muestran el surgimiento y configuración de lo que él denomina el *homo clausus* con toda una tendencia a mirar para uno mismo denominada autopsia (Elias, 2009). Descartes daría carta de naturaleza a este sujeto moderno, con su primacía del yo sobre el mundo y del yo pensante sobre el yo corporal, prefiguración del yo-dividido y el dualismo mente-cuerpo. Kant acabaría por rematar esta peculiar dualidad del yo: entre un yo trascendental, fundamento de todo conocimiento, y un yo empírico, él mismo como objeto de conocimiento. Por un lado, un yo omnipotente, grandioso, y, por otro, un yo-objeto, como una cosa más.

Después de Kant ya no se puede decir si lo que conocemos es el mundo real o es solamente lo que nos parece. Así, el pensamiento puede llegar a tomarse por más real que la realidad y ésta, a su vez, por una ilusión. La esquizofrenia viene a ser la apoteosis de esta particular configuración del sujeto. Esta duplicidad de la conciencia, dice Sass, es común tanto al pensamiento moderno como a la esquizofrenia: de una parte, el solipsismo que ensalza a la mente y desrealiza al mundo y, de otra, la cosificación del sujeto convertido en una cosa más del mundo (Sass, 1992, p. 328). Como dice Stanghellini, es legítimo pensar que este dualismo radical entre un sujeto que es pensamiento y un objeto que es concebido en su pura y simple externalidad extensa –pura conciencia y pura materialidad– es el *eidos* fundamental tanto de la modernidad como de la despersonalización esquizofrénica." (Stanghellini, 2004, p. 155).

Casos de esquizofrenia: en la intersección de la biografía y la historia

Sin el uso sistemático de la historia –tanto personal como colectiva– los casos clínicos, empezando por los casos históricos que han hecho época, quedan incomprendidos e inexplicados, a expensas de explicaciones *Deus ex Machina*, como si algo en la maquinaria genética y neuronal no funcionara bien o contuviera ya, misteriosamente, la esquizofrenia. Se van a referir aquí casos históricos emblemáticos, tratando de ver su conexión biográfica con el mundo vigente. La exposición será escueta, sin las debidas justificaciones, pero en la literatura citada se encontrará lo que falta. En todo caso, más relevante que los detalles son las ideas que se apuntan o a las que se apunta.

James Tilly Matthews: el primer caso de esquizofrenia

La primera descripción inequívoca de esquizofrenia se encuentra en 1810 descrita por John Haslam (Haslam, 1810/1988). Se trata del caso de James Tilly Matthews (1770-1815), ingresado en 1797 en el Bethlam Hospital de Londres. De acuerdo con Carpenter (1989), es la primera descripción extensa y detallada que da cuenta de "muchos síntomas cardinales de la esquizofrenia" (Carpenter, 1989).

Experiencias esquizofrénicas. Matthews presenta una variedad de experiencias anómalas, entre ellas la influencia debida a una máquina y la apoteosis y cosificación del yo. Después de peripecias en Francia, regresó a Londres convencido de un complot francés para apoderarse de Gran Bretaña. Espías magnéticos armados con máquinas consistentes en "telares aéreos" (*air-looms*) ya habían empezado a transmitir magnetismo animal a los miembros del gobierno y a él mismo, el único al tanto de semejante dominación. Las acciones de los espías a través de los telares aéreos daban lugar, según Matthews, a toda una variedad de experiencias anómalas: 1) comunicación a través del muslo (ellos dirigen sus consignas sobre la parte externa del muslo, la sensación se siente en la pierna y el mensaje se entiende en el cerebro, 2) propagación de ideas mediante cometas (los telares impregnan el aire con ideas, 3) manipulación del pensamiento (mientras que unos de estos espías villanos sustraen del cerebro sentimientos existentes, otros insertan pensamientos diferentes a los propios), 4) hacer-reír mediante fluido magnético propalado a la cara, 5) parlamentos-del-cerebro por los que Matthews y los espías entran en contacto. El propio Matthews esbozó la figura del telar-aéreo y explicó su funcionamiento (Haslam, 1810/1988, anexo).

Matthews presenta también una característica alteración del yo, entre la apoteosis y la cosificación. Como refiere Haslam, Matthews "a veces se conduce como un autómata que se mueve por las acciones de los otros, y otras veces como el Emperador del mundo entero que arroja de los tronos a quienes usurpan sus dominios" (Haslam, 1810/1988, p. 2). No obstante la ilustración de su locura con estas descripciones de Haslam, otros psiquiatras así como familiares proclamaban y reclamaban su cordura, lo que seguramente dice tanto de discrepancias valorativas como de la propia ambigüedad de la locura, no falta de razón.

Escenario histórico. Cuando el caso de Matthews se sitúa en el escenario histórico en el que se mueve, su locura no carece de razón y hasta los síntomas más extraños resultan inteligibles, sin dejar de ser anómalos. Los materiales, contenidos e hilos con los que se teje y entreteje la locura de Matthews son la Revolución Francesa, la guerra entre Inglaterra y Francia, la revolución industrial y la revolución científica, sin olvidar el propio internamiento en el Bedlam, como muestran su biógrafo Mike Jay en *The air loom gang* (Jay, 2003) y el historiador de la psiquiatría Roy Porter (Porter, 1988; 1991).

Sin saber acerca de su infancia y vida familiar, nos encontramos con Matthews, un comerciante de té, involucrado y envuelto en misiones diplomáticas entre Londres y París, pisando la línea borrosa entre ser espía y traidor. Como muestra Jay, Matthews se movía "en el centro de la red de poder" (Jay, 2003), promoviendo alianzas secretas entre Inglaterra y Francia que de tener éxito, hubieran podido cambiar la historia, pero siempre sin alcanzarlo por poco. Ni qué decir tiene que las actividades de Matthews contaban con la colaboración y el beneplácito de actores de la política, incluyendo ministros. Matthews no era un "loco" que actuara por libre (Jay, 2003). Como recuerda Porter, las experiencias de Matthews de estar en el centro de "maquinaciones políticas francesas durante el Terror, culminando en años de cárcel, bajo el pavor de la guillotina, llevaron su imaginación a una obsesión con complots y persecución, intrigas, conspiraciones y traiciones" (Porter, 1988, p. XXXVI). Merece recordar, como advierten Jay y Porter, que muchos compatriotas suyos en sus cabales interpretaban explícitamente la Revolución Francesa misma como obra de conspiraciones y los revolucionarios de turno como conspiradores contra la civilización europea, entre ellos el escritor y político británico Edmund Burke. La paranoia y grandiosidad encontrada más tarde en su internamiento en Bedlam puede que tuviera sus raíces en estas experiencias, vistas en retrospectiva.

Por su parte, el extraño sistema consistente en telares-aéreos manejados por una banda de espías para propagar rayos, ondas magnéticas y gases que producen las experiencias corporales de Matthews, así como el control del pensamiento y las acciones de la gente, tienen que ver con la tecnología de la primera revolución industrial, empezando por los telares, a la sazón en pleno desarrollo en esta época y con la revolución científica representada por la química neumática (gases), la electricidad (magnetos) y el mesmerismo (toda una "locura" procedente de París). La tecnología industrial, con sus impresionantes máquinas, dio lugar a la imagen del *pandemónium*. La revolución industrial y la llegada de las máquinas es equiparada por sus contemporáneos con el pandemónium, "la Alta Capital, de Satán y sus acólitos" en *El paraíso perdido* (1667) de John Milton (Jennings, 1985, p. 5).

El telar-aéreo imaginado y dibujado por Matthews asemeja los propios telares de la industria textil y las máquinas eléctricas de la época, con la posibilidad añadida de proyectar ondas etéreas a través del aire sobre la gente, lo que era perfectamente entendible en términos del magnetismo y el mesmerismo. El propio Matthews se había familiarizado en París con el mesmerismo, cuando fue preguntado si conocía "el arte de hablar con el cerebro", lo que era posible, según se le dijo, "por medio del magnetismo". Así, el mesmerismo llegaría a ser la fuerza motriz del telar-aéreo. Aunque Matthews no lo menciona, ciertamente, estaba familiarizado con el magnetismo y, así, con la idea de "hablar con tu cerebro". Como dice Jay: "La influencia magnética, con su implicación de que la gente estuviera hablando y actuando sin su propio conocimiento, o bajo control de agentes sin escrúpulos, parece haber ofrecido un marco teórico para dar sentido a sus crecientes y complejas contradicciones internas", referidas a los diferentes papeles –partidario de la revolución, espía británico, doble agente, salvador de la revolución– en los que se vio envuelto (Jay, 2003, p. 155).

El internamiento en Bedlam terminaría por hacer el resto. Como señala Haslam, su psiquiatra, el estado de salud mental de Matthews fue a peor: sus delirios llegaron a ser más intensos y sistemáticos y las conspiraciones sobre él más grandiosas, hasta "concebirse a sí mismo Emperador del mundo entero", no obstante sentirse a la vez asaltado por rayos y efluvios de un telar-aéreo, padeciendo una plétora de experiencias cenestésicas. La insalubridad del lugar, donde los efluvios podrían ser emanaciones del propio sistema de "saneamiento" del hospital, junto con la "conspiración" de Haslam contra el *habeas corpus* que pudiera revisar su caso, no hacen sino contribuir al delirio como realidad alternativa, imperando uno siquiera en su imaginación sobre las inmundicias e injusticias.

Daniel Paul Schreber: el caso de esquizofrenia más célebre

El juez Schreber (1842-1911), presidente de la Corte de Apelaciones de Dresden, en sus *Memorias de un enfermo de nervios*, de 1903, nos ofrece de primera mano un delirio desde su lógica interna, como testimonio de sus propias experiencias, aun a sabiendas de que "trascienden las pasibilidades humanas de concebirlas" (1903/2008, p. 53) y "que difícilmente encontrarán una explicación suficiente por vía natural" (op. cit., p. 390). Precaviéndonos de lo increíbles que son sus experiencias y de que alguien puede pensar que exagera o es víctima de algún engaño, dice Schreber: "Al respecto puedo afirmar de mí mismo –del resto de mis capacidades cada cual pensará lo que quiera– que me atribuyo categóricamente dos cualidades, a saber, por una parte, un *amor inquebrantable* a la verdad y, por otra, una *agudeza fuera de lo común de la capacidad de observación*; y nadie que me haya conocido en mi época de salud o que ahora pueda ser testigo de todas mis acciones y omisiones tendrá dudas de la existencia de estas dos cualidades." (Schreber, 1903/2008, p. 279).

Experiencias esquizofrénicas. Schreber envía las *Memorias* al doctor Flechsig, su psiquiatra, conminándole a que se pronuncie acerca de si tuvo con él "algún trato hipnótico" o influjo sobre su "sistema nervioso", si él mismo tuvo trato con Voces de origen sobrenatural y si "recibió *también* usted […] visiones o impresiones sobre la omnipotencia de Dios y la libre voluntad del hombre, sobre la emasculación", etc. (Schreber, 1903/2008, p. 50). La referencia en el título a una enfermedad "de nervios" no alude a una causa natural, fisiológica, sino a una afección sobrenatural, debida a la influencia de rayos de Dios, con quien Schreber estaba en contacto.

Una crisis se ha producido en el orden cósmico de los reinos de Dios: un almicidio o asesinato del alma. Como "las Voces que hablan conmigo me vienen señalando cotidianamente, desde el comienzo de mi vinculación con Dios (a mediados de marzo de 1894) hasta ahora, la causa de la crisis sobrevenida en el reino de Dios fue el hecho de que alguien perpetró un almicidio" (Schreber, 1903/2008, p. 70). Este almicidio, del que Schreber temió ser objeto estaba, en realidad, perpetrado por él mismo, merced a su conexión y trato con Dios por medio de "nervios". Los "nervios" constituyen una afinidad entre el alma ("El alma humana está contenida en los nervios del cuerpo" (op. cit.), había dicho Schreber) y Dios ("nervios infinitos y eternos" , op. cit.), a través del Sol ("instrumento más cercano a la Tierra de la voluntad divina", op. cit.). Ahora bien, si "el prolongado encadenamiento de Dios a mi persona había tenido como consecuencia la ruina de toda la creación terrenal" (op. cit., p. 81), algunas experiencias extraordinarias le mostraban que él igualmente estaba llamado y de hecho estaba siendo contactado para la salvación de la humanidad.

La ruina de la creación se constataba en el cambio de la humanidad consistente en la apariencia de los demás como figuras humanas "hechas a la ligera". La expresión "hechos a la ligera", como si dijéramos seres artificiales, androides o robots, es muy frecuente en Schreber para referirse a la transformación que estaban experimentando los seres humanos, vía "milagros". "Las figuras que vi durante el viaje y en la estación de Dresde las tomé por hombres hechos a la ligera" mediante milagros (op. cit. p. 165); "viví siempre [durante un tiempo] con la idea de que trataba no con hombres reales, sino con 'hombres hechos a la ligera'" (op. cit., p. 167). Los milagros, a cientos, no sólo transforman a los seres humanos y las cosas, sino que estaban transformando el propio cuerpo de Schreber en un cuerpo de mujer (emasculación). "Los milagros que más hacían pensar en circunstancias acordes con el orden cósmico son aquellos que parecían tener alguna relación con una emasculación que debía llevarse a cabo en mi cuerpo. Al número de éstos pertenecían especialmente todo tipo de transformaciones en mis *órganos genitales*" (op. cit., p. 194). Uno "de los milagros más espantoso fue el llamado *milagro del estrechamiento del tórax*, que viví una docena de veces por lo menos: se comprimió toda la caja torácica, con lo que todo el cuerpo participó del ahogo provocado por la falta de respiración" (op. cit., p. 195).

Es de esta transformación en mujer de donde puede venir la salvación de la humanidad. "En esa época [por el mes de noviembre de 1895] aparecieron en mi cuerpo con tanta fuerza los signos de feminización que no pude sustraerme por más tiempo al conocimiento del fin inmediato al que tendía toda la evolución" (op. cit., p. 219). El fin no era otro que regenerar a la humanidad. "Como consecuencia ulterior de la emasculación sólo podía pensarse, naturalmente, en una fecundación por medio de Rayos divinos con el fin de crear nuevos hombres. Modificar la orientación de mi voluntad se me facilitó por el hecho de que entonces yo no creía aún en la existencia de una humanidad real, aparte de mí, sino que consideraba a todas las figuras humanas que veía sólo como "hechas a la ligera", de

suerte que ni siquiera podía hablarse de ninguna clase de deshonra implícita en la emasculación" (p. 220). Dada su integridad y como hombre elegido y puesto también que Dios no puede aprender de la experiencia (op. cit., p. 229), "tengo que recalcar expresamente mi superioridad" (op. cit., p. 229), "yo soy la parte más inteligente y al mismo tiempo mejor" (op. cit., 230). Al fin y al cabo, Dios no comprende a los humanos, debido a su alejamiento (p. 227), por lo que necesita mediaciones, en particular, la del propio Schreber.

Con todo, unos meses después, ciertos eventos cotidianos le hacen dudar acerca de si no existe "una verdadera humanidad en la misma cantidad y extensión espacial que antes", quedando la dificultad de cómo conciliar estos hechos con los anteriores (op. cit., p. 143). No obstante, Schreber está dispuesto a dejar que examinen su cuerpo para verificar que "está penetrado por nervios de voluptuosidad" femenina (op. cit., p. 312).

¿Qué resultará de esta historia? Y ¿qué será de mí?, preguntan los rayos en la cabeza de Schreber. "Lo único cierto para mí–dice Schreber–es que nunca se podrá llegar a la destrucción de mi intelecto que Dios se ha propuesto" (op. cit., p. 324). En cuanto a la renovación de la humanidad mediante su fecundación por Dios previa emasculación, la seguía considerando Schreber como la "más congruente con la esencia más íntima del orden cósmico" (op. cit., p. 324), como siempre ha sido, que la humanidad se destruyó y regeneró de nuevo. La cuestión ahora, dice Schreber, es si soy de alguna manera inmortal cuáles pueden ser las causas posibles de mi muerte ("he vivido repetidas veces durante un tiempo sin los órganos internos más importantes") y qué será de Dios en caso de que yo muera (op. cit., p. 326).

Es de destacar, dentro del delirio de Schreber, la *grandiosidad* con la que se ve él mismo: en contacto con Dios, elegido para salvar a la humanidad, a quien seguía el Sol cuando se movía de un lado para otro en el cuarto, así como el estado del tiempo, que dependía de su pensamiento, y la *cosificación* a la que se ve sometido: rayos y milagros que no hacen sino producir molestas cenestesias y transformacionescorporales, compulsión a pensar sin derecho a descansar, aparte de estar internado como otro cualquiera.

"El reconocimiento de que, sean lo que fueren mis 'delirios', no tienen ante sí en mi caso un enfermo mental de tipo corriente no lo podrán evitar, a la larga, tampoco otras personas" (op. cit., p. 327).

Las *Memorias* de Schreber (1903) suponen al respecto un material clínico *único* por la claridad expositiva de experiencias increíbles y hasta inefables vividas en primera persona. Los psicoanalistas parecen tener su monopolio, desde que Freud elaborara sobre él su teoría de la paranoia (*Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia*, de 1911) y tantos otros "deliraran" también lo suyo. Pero nadie tuvo la grandeza de Freud cuando dijo al final de su estudio del caso: "El porvenir decidirá si la teoría integra más delirio del que yo quisiera o el delirio más verdad de lo que otros creen hoy posible" (Freud, 1911/2008, p. 612). Mientras que la teoría psicoanalítica de la esquizofrenia derivada del caso Schreber es ella misma, si se permite decirlo, un delirio, sin más objetividad que la propia literatura psicoanalítica enredándose a sí misma, las *Memorias* de Schreber siguen siendo una piedra de toque para la psicopatología. Así, por ejemplo, Louis Sass, en una perspectiva fenomenológica, ha situado el caso Schreber en la encrucijada de las paradojas de la reflexividad moderna (Sass, 2014), mostrando, a su vez, en una perspectiva histórica, cómo la cultura moderna pudo influir e inculcar semejante locura (Sass, 1992; 2014).

Escenario histórico. Cómo este caso histórico puede entenderse de acuerdo con la época, es algo concebible a través de su bio-grafía, al considerar la educación recibida, particularmente, de parte de su padre. La idea es que la educación recibida encarna un cierto espíritu de la modernidad aplicado a la infancia. El padre de Schreber, Moritz Schreber, fue un reconocido pedagogo alemán cuyos métodos educativos pueden verse, por lo que aquí importa destacar, como extensiones de una racionalidad a ultranza aplicada a la educación de los niños empezando por el ámbito familiar. Moton Schatzman en su libro *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*, de 1973 (Schatzman, 1977) estudia la figura del padre en relación con las experiencias del hijo. Así, compara las extrañas experiencias del hijo adulto con las técnicas y el modelo educativo de su padre. Por ejemplo, la experiencia de Schreber con Dios podría ser un reflejo y una secuela, dadas las circunstancias posteriores, de prácticas educativas. Como dice Schtazman: "A través de sus rayos, el Dios del hijo vigila, dicta o condena cada unos de sus movimientos, día tras día, de forma muy parecida, según parece, a como lo había hecho su padre. El hijo siente que Dios y los "rayos" están simultáneamente dentro y fuera de él mismo" (1977, p. 32). Lo que encuentra Schatzman es:

- que varias de las peculiares experiencias de Schreber pueden vincularse a procedimientos concretos de su padre,

- que las prácticas educativas del padre podrían confundir a cualquier niño, y

- que hubiese sido difícil para un niño ver lo confuso de sus métodos (Schatzman, 1977, p. 14).

No se supone que sean experiencias traumáticas, "sino modelos de sucesos que se producían reiteradamente y que pueden ligarse a modelos de sucesos que él experimentó repetidamente durante su "enfermedad nerviosa" (op. cit., p. 15).

El almicidio que preocupa a Schreber y relaciona con un influjo hipnótico, puede que refleje el poder de su padre, primero proyectado sobre la figura de Flechsig y después sobre Dios, sin identificar correctamente al asesino (op. cit., p. 43). Experiencias corporales dolorosas y humillantes que Schreber toma como "milagros" que Dios opera en su cuerpo mediante "rayos", parecen reflejar pasajes de los libros pedagógicos de su padre, como muestra Schtazman, comparándolas con pasajes de las *Memorias* (Schatzman, 1975). "Estas comparaciones –dice Schatzman– muestran similitudes extraordinarias. Es como si el padre le hubiese enseñado a su hijo un lenguaje de estímulos sensoriales mediante el que experimentar partes de su cuerpo" (op. cit,. p. 56). El método pedagógico, que incluía correas y arneses para fijar posturas y composturas, incluía también la obligación de los niños de no abrigar pensamientos de amargura o ira hacia los padres, lo que, según Schatzman, haría que los recuerdos se convirtieran en "milagros" atribuidos a Dios (op. cit., p. 58).

Más concretamente, algunas extrañas experiencias de Schreber podrían verse como transformaciones de los modos de hablar del padre. El padre pensaba que los niños debían intimar con Dios y esto parece ocurrir en Schreber. Compárese lo que dice el padre en sus textos pedagógicos con lo que dice el hijo en sus *Memorias* (Schatzman, 1977, pp. 96-97):

Textos pedagógicos	*Textos de las Memorias*
"Mediante advertencias benévolas repetidas frecuentemente se debe enseñar al niño a que se acostumbre a presentarse ante Dios al final de cada día por sí mismo, para reflejar su *ser interior* en los *rayos puros* del concepto de Dios (del *Padre* amante Universal) y ser recompensado mediante una fuerza de voluntad purificada. Una mirada similar de tranquila y confiada actitud frente a la providencia debe consagrar también la mañana". (Schatzman, 1977, pp. 96-97)	"Estamos acostumbrados a pensar que todas las impresiones que recibimos del mundo externo se nos transmiten por los así llamados 'cinco sentidos' […] Esto puede ser verdad en circunstancias ordinarias. Pero un hombre que, como yo, ha entrado en trato con los Rayos y cuya cabeza, a consecuencia de ello, ha sido, por así decirlo, iluminada por los Rayos, esta concepción no es suficiente. Tengo sensaciones lumínicas y sonoras que han sido proyectadas directamente por los Rayos sobre mi sistema nervioso interior y para cuya recepción por consiguiente, no son necesarios los órganos de la vista y del oído" (Schatzman, 1977, p. 171, nota).
"La voz de la religión no debe observarse sólo con el oído y la boca, sino que su sentido profundo, el espíritu del mundo, debe penetrar y desposar el alma de la persona. La revelación externa e interna (la razón en su más alto grado de desarrollo) son los dos *rayos* (*Strahlen*) que, cuanto más se acercan entre sí, más se purifican de todo lo humano que ha llevado adherido, hasta que, por último, llegan a unirse en un solo punto, el punto de fusión total". (Schatzman, 1977, pp. 96-97)	"Para no ser mal interpretado tengo que señalar aquí que al hablar del cultivo de la voluptuosidad que, por así decirlo, se ha convertido para mí en un deber no aludo nunca a *una concupiscencia sexual respecto de otros seres humanos* (personas femeninas) *ni tampoco a un trato sexual con ellos*, sino a representarme a mí mismo como hombre y mujer en una sola persona, realizando el coito conmigo mismo, dedicándome a cualesquiera actividades que tiendan a la excitación sexual […] en lo cual, por supuesto, está excluido todo pensamiento de onanía o cosas semejantes" (Schatzman, 1977, p. 319).
Así, por ejemplo, el padre dice que quiere que la costumbre refleje en el interior de los niños los rayos puros de Dios y el hijo habla de los "rayos divinos" y los "nervios de Dios" que "entran en su cuerpo".	

Por su parte, Louis Sass ha mostrado que la pedagogía *disciplinaria* de Moritz Schreber viene a ser una versión educativa del panóptico propuesto por Jeremy Bentham en 1791, en plena época de la racionalidad técnica (Sass, 1992). Sass pone en relación el cosmos delirante de Schreber con el sistema panóptico de vigilancia en el que fue educado. Muestra cómo las entidades extrañas, casi cosmológicas de Schreber, sugerentes de un sistema planetario raro, existente en un espacio cosificado, externo, pueden ser interpretadas como representaciones simbólicas de aspectos de su propia conciencia. Mientras que los nervios representan la parte de la mente que es observada –el yo-como-objeto–, los rayos representan la parte que hace la observación –el yo-como-sujeto. Asimismo, las características que él considera exclusivas de su compulsión a pensar pueden entenderse como aspectos usuales del discurso interior o como consecuencias del acto inusual de llevar el discurso interior a la conciencia explícita, un proceso normalmente implícito o tácito. Esta compulsión introspectiva tiene el aspecto de un panoptismo interior: una existencia enrevesada cuyo objeto principal de escrutinio es la esfera silenciosa y privada del pensamiento (Sass, 1992).

No se puede asegurar que las prácticas pedagógicas de Schreber padre sean la causa de las experiencias psicóticas de Schreber hijo, ya adulto. Sin embargo, el extraño caso Schreber resulta comprensible, si es que no explicable, en el escenario histórico de la educación recibida, como es la aplicación severa de una racionalidad a ultranza. Las experiencias psicóticas parecen hechas del mismo material y método de la educación recibida, representativa de una época.

John Forbes Nash: un esquizofrénico premio Nobel

Genio de las matemáticas, autor de una teoría del comportamiento racional y premio Nobel de Economía de 1994, John Forbes Nash (1928-) es también un caso célebre de esquizofrenia. El caso plantea si la esquizofrenia no será la misma racionalidad tomada demasiado en serio, sin por ello querer decir que siempre alberque genialidad ni termine bien, con premio, recuperación y celebridad. El caso es también notable por su recuperación, a pesar de la gravedad, sin deberse según parece a ningún tratamiento específico. Se cuenta con la biografía de Nash realizada por Sylvia Nasar en 1998 con el título de *Una mente prodigiosa* (Nasar, 2001), que daría lugar a la película *Una mente maravillosa*, de 2001.

Experiencias esquizofrénicas. Un día de 1959, a sus 31 años, Nash entra en la sala de profesores diciendo que "alguna potencia extraterrestre o quizá gobiernos extranjeros se estaban comunicando con él a través de *The New York Times*; los mensajes, que iban dirigidos exclusivamente a él, estaban codificados y exigían un análisis minucioso" (Nasar, 2001, p. 357). En el coche, cambiaba constantemente de emisora a fin de detectar posibles mensajes y en el campus de la universidad empezó a fijarse en los hombres que llevaban corbata roja, llegando a la conclusión de que formaban parte de un plan. Ante la propuesta para ocupar una prestigiosa cátedra de matemática en la Universidad de Chicago respondió "que tenía que declinar su ofrecimiento porque iba a convertirse en emperador de la Antártida" (op. cit., p. 361). Amenazaba con trasladarse a Europa, como lo hizo, con la intención de renunciar a la nacionalidad estadounidense y fundar una organización internacional. "Al parecer tenía alguna idea relacionada con la fundación de una organización internacional, y empezó a quedarse a escribir, noche tras noche, hasta mucho después que ella [su esposa] se hubiera ido

a dormir. Por las mañanas su escritorio aparecía cubierto de hojas de papel escritas en tinta azul, verde, roja y negra: eran cartas dirigidas no sólo a la ONU, sino también a varios embajadores extranjeros, al papa e incluso al FBI" (op. cit., p. 370). Nash oía voces que le atormentaban (op. cit., p. 492) pero que también quería oír, por lo que dejó de tomar la medicación (op. cit., p. 483). Estuvo ingresado en hospitales psiquiátricos varias veces, donde recibió el diagnóstico de esquizofrenia paranoide.

Su "regreso" de la locura a la vida universitaria en Princeton estuvo mediada –como si fuera un paso intermedio– por un extraño comportamiento debido al cual Nash mereció el nombre de "el fantasma del edificio Fine", como era conocido, dejando mensajes enigmáticos y fórmulas desafiantes en las pizarras de las aulas para asombro y admiración de los estudiantes. Como señala a este respecto su biógrafa, "el estado de Nash se había estabilizado: ponerse a escribir en las pizarras requería valor, y compartir ideas que él consideraba importantes –y hacerlo a pesar de que los demás les pudieran parecer locuras– implicaba un deseo de comunicarse con el conjunto de la comunidad. Su permanencia en un lugar sin tratar de huir de él y el esfuerzo que realizó por articular sus delirios de modo que atrajeran a una audiencia que los valoraba deben considerarse pruebas de un regreso paulatino hacia modos convencionales de realidad y conducta. Al mismo tiempo, el hecho de que aquellos delirios no fueran juzgados simplemente como extraños e incomprensibles, sino como poseedores de un valor intrínseco, constituyó, seguramente, un aspecto de aquellos "años perdidos" que preparó el camino para la remisión final de la enfermedad" (Nasar, 2001, pp. 501-502). De esta manera, la propia universidad pudo desempeñar, por una vez, la función de "comunidad terapéutica".

Escenario histórico. Aunque se trata de un caso actual, no por ello se sabe más de su etiología, como de hecho no se conocen las causas específicas de la esquizofrenia. No obstante, en la perspectiva que se sostiene aquí, cabe todavía proponer una explicación histórica –biográfica y cultural–, más allá de las explicaciones al uso en términos de acontecimientos y mecanismos. Sin invalidarlas, estas explicaciones quedarían situadas sobre un escenario histórico que les daría más consistencia y razón de ser. Así, se han ofrecido explicaciones centradas en los acontecimientos que pudieran desencadenar los "desvaríos" citados. Se han señalado, a este respecto, el embarazo de su esposa y el miedo homosexual. Aunque ambas situaciones pueden ser estresantes, dependiendo de las circunstancias –como seguro lo eran en el caso de Nash–, su referencia a ellas, dentro del espíritu psicoanalítico de la época, respondía a una concepción intrapsíquica del tipo de "envidia al feto" o "represión" (Nasar, 2001, p. 384), como si la locura respondiera a mecanismos autónomos, independientes del contexto histórico. No obstante, el enfoque psicoanalítico del caso Nash ha continuado insistiendo en el supuesto mecanismo de la paranoia vía confusión bisexual que Freud había introducido a propósito del caso Schreber (Capps, 2004).

Otro acontecimiento que se cita a menudo como causa de la locura de Nash es la *no* concesión de la ansiada Medalla Fields de 1958, el Premio Nobel de Matemáticas, concedido a un desconocido hasta entonces (Ennio de Giorgi) que había demostrado el teorema de continuidad unos meses antes que él. Nash recordará este año como "una época de cruel decepción" (Nasar, 2001, p. 312). Además, estaba su fracaso del año anterior en la pretendida revisión de la teoría cuántica. El propio Nash, con ocasión de su conferencia en el

congreso mundial de psiquiatría en 1996 celebrado en Madrid, atribuirá a esta empresa "el desencadenamiento de su enfermedad mental y calificaría la tentativa de resolver contradicciones de la teoría cuántica que abordó en verano de 1957 de "posiblemente excesiva y desestabilizadora desde el punto de vista psicológico"" (op. cit., p. 315). No se trata de una mera gran frustración profesional sino, probablemente, de toda una crisis personal. En el ámbito matemático de la máxima competencia y competitividad en el que se movía Nash, el logro y el reconocimiento alcanzados, incluyendo la Medalla Fields, están en el orden de ser o no ser. De manera que este acontecimiento se habría de ver formando parte, como elemento esencial, de un escenario histórico.

Más allá de los acontecimientos, se ha de considerar la propia personalidad de Nash, una "personalidad esquizoide", como "producto" ella misma de su tiempo y circunstancias. La personalidad esquizoide, marcada por la desintonía emocional, el racionalismo mórbido y el autismo, sin dejar de ser una característica personal, es también una característica de nuestra época (Pérez- Álvarez, 2003). Es más, se trata de una característica especialmente cultivada en ciertos ámbitos como Silicon Valley. La mayor proporción de autistas hijos de ingenieros de Silicon Valley (Baron-Cohen, 2013) puede tener que ver con esta *mentalidad sistematizadora* (lógica, analítica, calculadora, algorítmica), llevada a la vida cotidiana, incluyendo las relaciones interpersonales, diferente de la *mentalidad empatizadora*, más atenida al sentido común y al sentir de los demás. Para entender este fenómeno no sería necesario invocar ningún gen misterioso, como hace Baron-Cohen en un desesperado esfuerzo cientificista para incurrir al final en una explicación *Deus ex Machina*. Bastaría considerar las prácticas educativas llevadas con una "mentalidad ingenieril", similar a la llevada en su día por el padre de Schreber. Además, ¿qué tienen que ver los genes con conspiraciones comunistas? Este estilo se ha caracterizado también como "mente matemática" sugiriendo una cierta afinidad entre, de una parte, un exceso de racionalidad y una alienación de las emociones y, de otra, la masculinidad y la creatividad científica, de la que Nash sería precisamente un ejemplo (Woods, 2012).

La mentalidad sistematizadora –calculadora, matemática–, que pasa por alto la empatía, no es exclusiva de contextos científicos de alto rendimiento. Se puede dar igualmente en contextos burocráticos y empresariales, por más que tengan discursos humanistas (acaso encubridores del rendimiento como principal interés a costa de lo que sea). Sin embargo, ámbitos como Silicon Valley y el de Nash en su día son ejemplos paradigmáticos que epitomizan la racionalidad moderna.

El ambiente de los años cincuenta del siglo pasado en el que se movía Nash (Princeton, MIT, RAN Corporation) es uno del tipo Silicon Valley actual, similar al reflejado en la conocida serie de TV *The Big Bang Theory*. Quienes estén familiarizados con esta serie, podrán reconocer en su personaje central, Sheldon Cooper, la caracterización que sus conocidos hacen de Nash. La cuestión que se quiere resaltar es que un estilo de personalidad y modo de ser como este es tanto una característica individual como un signo y síntoma de la época y en particular de determinados ámbitos.

Especialmente relevante como trasfondo de su paranoia posterior es la paranoia de la época, en la década de 1950, a la sazón en plena guerra fría, encarnada en la corporación RAND (*Research ANd Development*). RAND es una especie de laboratorio de ideas (think tank) con fondos del gobierno de los Estados Unidos para estudios científicos relevantes para la guerra fría. Nash empezó a trabajar en esta institución en 1950 debido al interés que tenían sus avan-

ces en la teoría de juegos para las estrategias militares y diplomáticas. RAND se interesa en la teoría de los juegos como modelo lógico de la estrategia nuclear, la misma "locura racional" que hizo famosa la película de Stanley Kubrick *¿Teléfono rojo?, volamos hacia Moscú* (*Dr. Strangelove or: How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb*) de 1964. Los modelos desarrollados en RAND influyeron a su vez en el desarrollo de la propia teoría de los juegos de la elección racional que ahora domina los libros de economía y tiene un creciente interés en las demás ciencias sociales. Por increíble que parezca, casi todo en la película *¿Teléfono rojo?* fue cierto, como se ha mostrado con ocasión de su cincuentenario (Schlosser, 2014). Por otra parte, Nash no era el único en la idea de fundar una organización mundial: Meyer Davis, un miembro de la alta sociedad, estaba tras ello, para lo que recibió apoyo, además de dieciocho miembros del parlamento británico, de Einstein, Sartre y Camus (Nasar, 2001, p. 405).

Es difícil no relacionar los delirios paranoicos de conspiraciones comunistas experimentados por Nash con la "paranoia colectiva" que se respiraba en la RAND y con su propio trabajo científico en esta institución. Por lo demás, su mente matemática forma parte, sin duda, de su visión de los humanos como individuos aislados y racionales y de su propia personalidad esquizoide. Tan evidentes eran para él las matemáticas como las conspiraciones. Cuando le preguntaron cómo era posible que un matemático, un hombre consagrado a la razón y a la demostración lógica, creyera que los extraterrestres le estaban enviando mensajes y cosas así, dijo: "Porque las ideas que concebí sobre seres sobrenaturales acudieron a mí del mismo modo que lo hicieron mis ideas matemáticas, y por esa razón las tomé en serio." (Nasar, 2001, p. 10).

Sin embargo, no todos los científicos de la RAND, ni todos los matemáticos que no reciben una Medalla Fields merecida, suponemos, enloquecen como lo hizo Nash. Se hace necesario cruzar aquí, de nuevo, su personalidad. Los acontecimientos personales vividos entonces como "cruel decepción" y "desestabilizadores", según sus palabras, empezando por la no concesión de la citada Medalla (sin que el embarazo de su esposa tampoco ayudara, junto con posibles preocupaciones acerca de la homosexualidad), cobran sentido como *crisis de identidad*, pero no una crisis que hubiera que entender vía mecanismos genético-neurobiológicos (Baron-Cohen, 2013) o psicodinámicos (Capps, 2003) sino, mejor, en términos de *anomía* social como propone Greenfeld (2013, pp. 178-210). En la perspectiva de Greenfeld, la anomía supone una sociedad abierta, en la que la identidad de los individuos es de su propia incumbencia. Esta anomía y problemática de "hacerse a sí mismo" puede derivar en toda una crisis de identidad como la que caracteriza a la esquizofrenia: una alteración de la experiencia de sí mismo y del mundo. Greenfeld argumenta que la identidad de Nash fue problemática desde el principio. Desde la infancia, fue más receptivo a la información impersonal, dispensada sin carga emocional. Su yo pensante, algorítmico, se habría sobredesarrollado, en detrimento de aspectos más emocionales. Después terminaría por ser extremadamente dependiente de procesos mentales explícitos, intelectuales y auto-reflexivos.

Conclusiones

1. No hay duda de la locura de los casos presentados. No en vano son destacados como el primero claro de esquizofrenia (Matthews), el más estudiado en la historia de la psicopatología (Schreber) y el popularmente más célebre (Nash). Cuando tratamos de entender sus expe-

riencias esquizofrénicas en el contexto biográfico y las situamos en su escenario histórico, los "casos" resultan comprensibles y hasta explicables. A este respecto, se ha propuesto la noción de "conexión biográfica", entre el caso y la historia. Análisis históricos como el esbozado aquí, utilizando la historia como sistema y por sistema, pueden ser propedéuticos para la formación y la práctica clínica. Al fin y al cabo, cada caso, sin ser célebre, no deja de participar de su época y circunstancias. La imaginación histórica puede ser más ajustada a la realidad y más justa con las personas que la imaginación neuroquímica. Cuando las experiencias esquizofrénicas, por extrañas que sean, se sitúan en el contexto de la historia personal como sistema de las experiencias que forman la vida de uno, cobran sentido, lo que a su vez contribuye a una ayuda terapéutica (Vallina-Fernández *et al.*, *en prensa*).

2. Por lo que hemos visto, se puede decir que nadie se vuelve loco sin razón: sin motivos y sin dejar de razonar. Se llega a un punto en el que la razón y la locura parecen entrecruzar sus papeles como racionalismo mórbido y locura razonante. Como dice Edgar en *El rey Lear*, la razón en la locura, una mezcla de claridad y sinsentido. Nada quita que los paranoicos tengan enemigos. Esta consideración (hegeliana) de la locura, no como opuesta a la razón, sino como un fenómeno afín que comporte sus mismas estructuras, no tanto una *pérdida* de la razón como una alteración y contradicción de la propia razón (Berthold-Bond, 1995), abre la posibilidad a la psicoterapia, empezando por el tratamiento moral introducido por Pinel, centrado en la persona. Por cierto, el tratamiento moral necesita de una reevaluación en la línea de Glagys Swain después de las distorsiones de Foucault (Bergo, 2010; Huertas, 2010).

3. A pesar de la urgencia con la que ya en 1940 introducía Ortega la razón histórica para entender los asuntos humanos, la urgencia se hace acuciante en psicopatología donde impera la razón físico-matemática (estadística, gen-centrista y cerebro-centrista). El tema de nuestro tiempo en psicopatología está en su reorientación en torno a la persona y sus circunstancias. A este respecto, se echa en falta una teoría de la persona que corrija el propio riesgo historicista como el presentado en la línea de Ortega y rebase la variedad de modelos de yo –sujeto y personalidad– reinante en psicología. La noción de persona, sin dejar de ser histórico-cultural, supone una dialéctica entre algo permanente en el tiempo y cambiante continuamente, sin que sea un mero fluir como podría sugerir un énfasis histórico. La persona es histórica, pero no sin cierta estructura, históricamente dada.

4. Se ha señalado una afinidad entre la configuración del yo moderno (esquizoide) y la alteración de la esquizofrenia. En vista de la implicación que la tecnología moderna parece tener en el desarrollo de la esquizofrenia, empezando por el caso Matthews, lo que ha dado lugar al concepto clínico de "máquina de influir" o de "control técnico", se propone a su vez la consideración de una afinidad entre tecnología y esquizofrenia. La máquina moderna puede servir tanto a la apoteosis del yo como máquina (dios-máquina), como a su mayor enajenación debida a máquinas de influir manipuladas por otros, como ocurría en los casos de Matthews y Schreber. No se refiere a un papel meramente patoplástico, según el cual cada desarrollo tecnológico se

prestaría a un nuevo *contenido* de delirio de control técnico (magnetismo, rayos, electricidad, teléfono, televisión, móviles, Internet), sino a un posible papel etiopatogénico, por el que el mundo técnico podría alterar la *forma* básica de ser en-el-mundo, dando lugar a una experiencia de ruptura y enajenación.

Como ha señalado Sass: "La elección de los objetos delirantes inherentes a los delirios de Schreber no pueden ser despachados como temas triviales, cosa de mero contenido, como tal vez tienden a hacer quienes aceptan la versión estándar de la distinción patogenia-patoplastia. Las cualidades particulares de los filamentos-nerviosos, cuasi-físicos, tipo-objeto, pasivos, así como de los rayos escudriñadores, parecen, más bien, ser representativas de toda una estructura social (que epitomiza, de forma exagerada, las condiciones de la crianza y encarcelamiento de Schreber); expresan aspectos distintivos, formales, de un tipo de conciencia –dividida y autoalienante– que puede ser central a la condición que llamamos esquizofrenia" (Sass, 1992, p. 105). Por su parte, Hirjak y Fuchs, a propósito de casos actuales, cuyo control técnico tiene que ver con las nuevas tecnologías, señala cuatro aspectos que contribuyen a esta afinidad: 1) funcionamiento y efectos ocultos, 2) disolución mágica de los límites, 3) virtualización del mundo real, y 4) reificación de la experiencia subjetiva sintiéndose uno como robot o máquina humana (Hirjak y Fuchs, 2010).

Referencias

Bergo, B. (2010). What Sujet de la folie? Gladys Swain and Marcel Gauchet's Search for an Alternative History of Madness. *PhaenEx: Journal of Existential and Phenomenological Theory and Culture, 5*, 87-124.

Berthold-Bond, D. (1995). *Hegel's theory of madness*. Albany, NY: State University of New York Press.

Carpenter, P. K. (1989). Descriptions of schizophrenia in the psychiatry of Georgian Britain: John Haslam and James Tilly Matthews. *Comprehensive psychiatry, 30*, 332-338.

Baron-Cohen, S. (2013). Autismo y mente técnica. *Investigación y Ciencia*, enero, 436.

Capps, D. (2003). John Nash's predelusional phase: A case of acute identity confusion. *Pastoral Psychology, 51*, 361-386.

Capps, D. (2004). John Nash's Delusional Decade: A Case of Paranoid Schizophrenia. *Pastoral Psychology, 52*, 193-218.

Elias, N. (2009). *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1911). Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia. En Schreber (2008), *Memorias de un enfermo de nervios*, pp. 545-614. Madrid: Sexto Piso.

Greenfeld, L. (2013). *Mind, modernity, madness.The impact of cultura on human experience*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Haslam, J (1810/1988). *Illustrations of Madness*. Londres: Routledge.

Hirjak, D.; Fuchs, T. (2010). Delusions of technical alien control: a phenomenological description of three cases. *Psychopathology, 43*, 96-103.

Huertas, R. (2010). Locura y subjetividad en el nacimiento del alienismo. Releyendo a Gladys Swain. *Frenia, 10*, 11-28.

Jay, M. (2003). *The Air Loom Gang: The Strange and True Story of James Tilly Matthews and his Visionary Madness.* Londres / Nueva York: Bantan Press.

Jennings, H. (1985). *Pandaemonium 1660-1886: The Coming of the Machine as Seen by Contemporary Observers.* Nueva York: The Free Press.

Nasar, S. (2001). *Una mente prodigiosa*. Barcelona: Mondadori.

Ortega y Gasset, J. (1964). Historia como sistema. En *Obras completas, Tomo VI*. Madrid: Revista de Occidente. (original en inglés de 1935; primera edición en español de 1941).

Pérez-Álvarez, M. (2003). The Schizoid Personality of Our Time. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy, 3*, 181-194.

Pérez-Álvarez, M. (2008). Hyperreflexivity as condition in mental disorders: a clinical and historical perspective. *Psicothema, 20*, 181-187.

Pérez Álvarez, M. (2011). *El mito del cerebro creador. Cuerpo, conducta y cultura*. Madrid: Alianza Editorial.

Pérez-Álvarez, M. (2012a). Esquizofrenia y cultura moderna: razones de la locura. *Psicothema, 24*, 1-9.

Pérez-Álvarez, M. (2012b). *Las raíces de la psicopatología moderna. La melancolía y la esquizofrenia*. Madrid: Pirámide.

Porter, R. (1988). Introduction. En *Illustrations of Madness* (pp. xi-xivii). Londres: Routledge.

Porter, R. (1991). Reason, madness, and the French Revolution. *Studies in Eighteenth Century Culture, 20*, 55-79.

Sass, L. (1992). *Madness and Modernism: Insanity in the Light of Modern Art, Literature and Thought. Cambridge,* MA: Harvard University Press.

Sass, L. (2014). Self-disturbance and schizophrenia: Structure, specificity, pathogenesis (Current issues, New directions). *Schizophrenia Research, 152*, 5-11.

Schatzman, M. (1977). *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. Madrid: Siglo XXI.

Schlosser, E. (2014). Almost Everything in 'Dr. Strangelove' Was True, *New Yorker*, 23 de Enero. Disponible en: http://www.newyorker.com/online/blogs/newsdesk/2014/01/strangelove-for-real.html?mobify=0 (última consulta 3 de Julio, 2014).

Schreber, D. P. (2008). *Memorias de un enfermo de nervios*. Madrid: Sexto Piso (original de 1903).

Stanghellini, J. (2004). *Disembodied spirits and deanimated bodies. The psychopathology of common sense*. Oxford: Oxford University Press.

Torrey, E. F.; Miller, J. (2007). *The invisible plague. The rise of mental illness from 1750 to the present*. New Brunswick, Nueva Jersey: Rutgers University Press.

Vallina-Fernández, O.; Pérez-Álvarez, M.; Fernández-Iglesias, P.; Soto-Balbuena, C.; Perona-Garcelán, S.; García-Montes, J. M. (*en prensa*). Person-based contextual therapy applied to a complex case of schizophrenia. *Psicothema*.

Woods, A. (2012). Mathematics, masculinity, madness. En *Madness in context: historical, poetic and artistic narratives*. Oxford: Interdisciplinary Press.

La locura de Don Quijote

Antonio Rodríguez-Moríni
(1905)

Revista Frenopática Española, año III (29), mayo,137-144.

Prólogo

Noemí Pizarroso (UNED)

Presentamos a continuación un breve texto de Antonio Rodríguez-Morini (1863-1937), médico director del Manicomio de San Baudilio de Llobregat y figura destacada de la psiquiatría catalana, publicado en 1905 con motivo del tercer centenario de *El Quijote*. Haciéndose eco de la popular atribución de locura al ingenioso hidalgo, el doctor Rodríguez-Morini se apoya en el clásico trabajo del médico psiquiatra Emili Pi y Molist (1824-1892), que retrata abiertamente a Cervantes como un ilustre médico-alienista y considera la descripción de su famoso personaje como la "historia clínica más completa y regocijada" del trastorno llamado *monomanía*. Un juicio semejante habría sido ya afirmado, según nos recuerda el mismo Rodríguez-Morini, por una figura de la talla de Esquirol, discípulo de Pinel.

Hemos considerado este texto especialmente interesante para acompañar el trabajo de Marino Pérez por varias razones. Por un lado, la relectura psiquiátrica de la locura de don Quijote bien podría ejemplificar un caso más de esa psicopatología cuyo recurso a la historia se ajusta a lo que Pérez llama estilo "pedigrí". Dicho estilo apela a este tipo de casos "históricos" (aunque sean literarios) como equivalencias de trastornos actuales, bajo el supuesto de su carácter natural y universal. El texto de Rodríguez-Morini, escrito en 1905, apoyado en referencias a la más incipiente psiquiatría, mostraría a su vez la intemporalidad del estilo pedigrí en el discurso psiquiátrico o psicopatológico.

Ahora bien, el texto, o más bien el vínculo entre la obra de Cervantes y las cuestiones médico-alienistas sobre el que gira, nos puede servir también de invitación a analizar la obra desde una mirada psicopatológico-histórica, por así decirlo. La obra cervantina se nos presenta entonces como expresión incipiente de esa tendencia individualista e interiorizante de la modernidad a la que se refiere Marino Pérez en su artículo, cuyos inicios se situarían en el Renacimiento, alertándonos ya de los riesgos de esa brecha que abrirá el dualismo entre pensamiento y realidad.

Por otro lado, el mismo ejercicio literario bien podría releerse como un caso de psico-patología histórica *avant la lettre*, al ofrecernos la historia de Alonso Quijano a la luz de una época caballeresca pasada, cuyos restos recoge un género en pleno declive, y cuya lectura compulsiva dará inicio a unas andanzas más o menos delirantes. Pero no forcemos en exceso el argumento, no vayamos a pecar precisamente del estilo pedigrí. Dejemos al lector que juzgue por sí mismo el texto y se deje sugerir por él.

España entera festeja en estos días el tercer centenario de la publicación de la inmortal novela escrita por el príncipe de los ingenios, el sin par Miguel de Cervantes Saavedra. El Jefe del Estado, el Gobierno, las Academias, las Corporaciones oficiales, la Prensa política y profesional, en una palabra, todo el pueblo español ilustrado y culto rinde solemne homenaje de admiración y respeto al escritor insigne, que con su famoso libro ha popularizado por el mundo entero el habla castellana, narrando con sin igual donaire las aventuras joco-serias del imaginario y desequilibrado héroe manchego.

La obra de Cervantes, traducida a todas las lenguas, ha inmortalizado la figura del Ingenioso Hidalgo y entre el sinnúmero de variados comentarios a que ha dado lugar la incomparable novela, descuellan en lugar preeminente los inspirados en los estudios psico-patológicos, tendiendo a demostrar que Cervantes creó, tal vez sin proponérselo, el tipo más admirable de vesánico que pudiera apetecer como caso clínico el alienista más exigente. En efecto, entre los tesoros inagotables escondidos en el *Quijote*, sacados a luz y comentados y aquilatados a través de los tiempos por la Gramática, la Historia, la Crítica y la Retórica, hacen brillante papel los descubiertos por la Medicina psicológica, pues, como dice muy bien el ilustre Pi y Molist, "éstos enaltecen más y más a Cervantes por ingenio singular, que penetra ciertos arcanos de la mente enferma y al regocijo de las musas, da derecho a ser proclamado hijo adoptivo de la ciencia frenopática, pues la interpretación de los hechos de D. Quijote es el alma de toda ilustración de su historia."[1]

Es por esto que no sólo como españoles, sino como médicos psicólogos, debemos reverenciar la memoria del gran escritor, colocándole en el altar santo de la CIencia, ya que otros, sin duda con mayor derecho, le consideran como la gloria más inmarcesible de la literatura patria.

Quizás asombre a muchos y haga reír a no pocos la pretensión de considerar a Cervantes como médico, y más particularmente como alienista, calificando esta pretensión del mayor de los *quijotismos*, hijo de la admiración que todos sentimos por el insigne novelista; pero téngase en cuenta que, a pesar de la impugnación formidable que a estas ideas hace el ilustre Menéndez Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España* al hablar de los comentadores del *Quijote*, si Cervantes no fue alienista ni pretendió serlo, podría sin embargo figurar por derecho propio en los anales médico-psicológicos al lado de Esquirol, pues si "éste hizo la primera descripción de la *monomanía*, aquél escribió la primera historia de un *monomaniaco*", como afirma Pi y Molist en su citado libro.

Y por si esto no bastara para probar el aserto, tres eruditos escritores españoles, D. Nicolás Díaz de Benjumea, D. Francisco María Tubino y el Dr. Hernández Morejón, literatos los dos primeros y médico el tercero, abundan en las mismas ideas, especialmente el último que, en su *Historia bibliográfica de la Medicina Española*[2], incluye entre los *médicos* a Miguel de Cervantes Saavedra, diciendo de él, en el prólogo del folleto que publicó sobre este particular, lo siguiente: "si los talentos sublimes de Cervantes, si su imaginación fecunda, si la riqueza y gracia de su estilo, si el objeto que se propuso, en fin, al desterrar la frívola y perjudicial costumbre de los libros de caballería, que consiguió con su obra inmortal del Quijote, no hubieran difundido su nombre por todo el mundo, aun merecería ser aplaudido en la república literaria de los Médicos por su mérito singular, en la parte descriptiva de esa especie de locura que hoy llaman monomanía".

A mejor abundamiento, el mismo Esquirol alabó la obra de Cervantes, reconociendo en él un precursor de su propia doctrina, y así los dos nombres, "el del príncipe de los alienistas y el del príncipe de los ingenios", aparecen estrechamente enlazados, compenetrándose por sus ideas psicológicas, aun procediendo de campos tan distintos y floreciendo en épocas tan distantes.

Cervantes no se propuso seguramente describir en *Don Quijote* un caso patológico por él observado, pero lo cierto es que le podemos considerar como un *vidente* que supo forjar al calor de su privilegiado cerebro la historia clínica más completa y más regocijada de un orate, que aún hoy día podría figurar, dentro de los cánones más rigurosamente científicos, como modelo en su género.

Quien lo pusiere en duda, no tiene, para convencerse de ello, más que analizar las aventuras del hidalgo, siguiendo paso a paso

[1] Pi y Molist. *Los primores del Don Quijote*. Barcelona, 1886.

[2] Madrid, 1842.

el desarrollo de los sucesos, y verá en los mismos reflejada la *monomanía* que padeció D. Quijote, porque, en realidad, su locura es la que el gran Esquirol señaló como forma nosológica perfectamente definida y que modernamente se conoce con el nombre de *delirio parcial*.

En efecto, cualquiera que se fije en que "D. Quijote tenía llena la fantasía a todas horas y momentos de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballería se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes", no podrá menos de admitir que en su locura predominaba un concepto delirante fundamental y fijo, que obscurecía todos los demás, el de *creerse caballero andante*, y otros dos secundarios, pero fijos también, que se manifiestan patentemente en gran número de ocasiones, *el amor a Dulcinea* y *las promesas a Sancho*; las demás ideas delirantes fueron meramente circunstanciales, y por lo tanto transitorias.

Pi y Molist, a quien pertenecen algunas de las ideas que vengo exponiendo sobre la locura de D. Quijote, dice en sus admirables comentarios que "puesto que las ideas delirantes predominaban sobre los fenómenos de la sensibilidad externa, y entre aquéllas, había tres, y señaladamente dos, fijas, y estas últimas fueron todas fugaces, la monomanía de D. Quijote ha de diagnosticarse de intelectual; pero, atento a que de dichas dos ideas fijas, la una, aunque secundaria, se confundía y casi se identificaba con la primera, y dio origen a un delirio erotomanía, en rigor se ha de calificar también de afectiva la vesania".

Sería el cuento de nunca acabar referir todas las alucinaciones e ilusiones externas que sufrió el bueno de Quijano, como asimismo los conceptos delirantes que se exteriorizaron en el decurso de su aventurera vida, pero en apoyo de lo antes dicho recojo al azar unos cuantos que por sí solos bastarían para diagnosticar, hasta por el vulgo, la locura del Hidalgo.

En la escena del escrutinio de la librería por el Cura y el Barbero, con la Sobrina y el Ama, D. Quijote, que estaba en su aposento, gritaba desaforadamente dando cuchilladas y reveses a todas partes sosteniendo formidable batalla *con el bastardo de D. Roldán, que me ha molido a palos, decía, con el tronco de una encina*.

Durante las noches de insomnio, en las que leía libros de caballería, *arrojaba el libro de las manos cuando estaba muy cansado y ponía mano a la espada, andando a cuchilladas con las paredes matando a cuatro gigantes como cuatro torres. El sudor del cansancio decía que era sangre de las feridas que había recibido en la batalla, y bebía luego un gran jarro de agua fría y quedaba sano y sosegado diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un gran encantador y amigo suyo.* Cuando en el camaranchón de la venta topó con los brazos de Maritornes y, tirando hacia sí, la asió fuertemente, pareció a *D. Quijote ser de finísimo y delgado sendal* la camisa de arpillera de la asturiana; unas cuentas de vidrio que ella traía en las muñecas, *preciosas perlas orientales*; los cabellos, que parecían crines, *hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol obscurecía*; y el aliento de la moza, que olía seguramente a ajos, *olor suave y aromático* se le antojaba a D. Quijote.

Las alucinaciones e ilusiones de la vista fueron numerosas, pudiendo citarse como las más características las siguientes: la vulgar bacía de un barbero lugareño parecíale el *encantado yelmo de Mambrino*; los dos rebaños de carneros y ovejas, *ejércitos aguerridos con sus jefes, adalides y paladines que iban a reñir batalla*; el porquero que, para recoger su manada, tocó un cuerno, *algún enano que hacía señal de la venida del Caballero*; los molinos de viento, desaforados gigantes; la venta del andaluz, *un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata*, y las dos mujeres del partido que a su puerta estaban, *hermosas doncellas o graciosas damas*.

Entre los conceptos delirantes, aparte los tres principales, anteriormente mencionados, merecen fijar la atención los que se refieren al cambio de la personalidad, no sólo de la propia, sino de la ajena, al sentirse convertido en Baldovinos primero y en el abencerraje Abindarraen después, creyéndose más tarde Reinaldos de Montalbán, y tomando al Cura en una ocasión por el Arzobispo de Turpín, y a su tío por el Marqués de Mantua, confundiéndose en estos últimos casos la idea delirante con la ilusión de la vista. Lo mismo ocurrió al tomar *por una princesa y dos encantadores que la llevaban hurtada* a la señora vizcaína que iba en un coche a Sevilla y a los dos frailes de la Orden de San Benito que cerca iban cabalgando, y al creer que con su famoso rocín *no se igualaban ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid, diputándole como la mejor pieza que comía pan en el mundo.*

Si a todos estos síntomas, propios de la vesania padecida por D. Quijote, añadimos la exaltación de las facultades intelectuales y afectivas que constituyen la hiperfrenia y los fenómenos cenestésicos en él observados en muchas ocasiones, junto con la arrogancia en el decir y en el hacer que determinan actos agresivos de valor temerario, tendremos que a la *monomanía* o delirio parcial hay que añadir algunas *exaltaciones frénicas accesionales*, que no modifican el concepto fundamental de la locura del Hidalgo, pero que a veces borran momentáneamente las líneas en las cuales aparece encerrada la forma nosológica. Hasta en esto se parece el *caso clínico* inventado por el heroico manco de Lepanto a los que vemos a diario en los Manicomios.

La locura de D. Quijote evoluciona, se transforma, ofrece dos notables remisiones en los síntomas, sobreviene la depresión melancólica más tarde, aparece tras ella una grave enfermedad somática y después de tres días de calentura alta, la mente de D. Quijote parece serenarse, solicita confesarse y hacer testamento, y, al salir el Cura de la alcoba después de la confesión, dice: *verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno*.

No sería bastante el testimonio del Cura para creer en la curación del Hidalgo, pero éste, al dictar su testamento, reconoce explícitamente la vesania que ha padecido, y ante la estupefacción de Sancho y la incertidumbre de Carrasco, dice a todos los presentes: *Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros de hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui D. Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.*

En análogos términos reconocen su enfermedad mental todos los locos que recobran la razón.

¿Quiérense más pruebas para demostrar que Cervantes escribió, burla, burlando, la historia clínica más regocijada y más completa de un loco? Yo creo que no son necesarias, y aun respetando la indiscutible autoridad del insigne Menéndez Pelayo, al anatematizar a los que creen descubrir ideas científicas en el inmortal poema, me atengo a los eruditos comentarios del inolvidable Pi y Molist, que en su nunca bastante ensalzado libro dice lo siguiente[3]: "¡Envidiable instinto, encantadora ignorancia de los grandes ingenios! Sí; que Cervantes no cayó en la cuenta de que, con ser lego en Medicina, penetraba una verdad casi oculta a los médicos coetáneos suyos; Cervantes no cayó en la cuenta de que, envuelta en las ficciones y chistes de su fabula, daba la historia de una locura, escrita con intuición que parece inteligencia de alienista, antes que alienistas hubiese en el mundo; Cervantes no cayó en la cuenta de que éstos, a impulsos de su asombro y deleite, tomarían sobre sí con ahínco el poner a la vista de todos un mérito tan fuera de lo ordinario, y que, realzado por un voto de tal calificación, prevalecería quizá, en el concepto de los admiradores del famoso novelador, entre los más relevantes méritos de su libro".

Nada más convincente y con más elocuencia expresado para probar la clarividencia de Cervantes al describir la locura del Ingenioso Hidalgo, que estas hermosas palabras, escritas por el más notable entre los alienistas españoles y por el literato más castizo entre los médicos contemporáneos.

[3] Pi y Molist, Lo citado, pág. 450.

Crónica del XXVII Symposium de la SEHP

Madrid, 8 al 1 de mayo de 2014

Ana María Talak
Universidad Nacional de La Plata

Los días 8, 9 y 10 de mayo de 2014 se celebró en Madrid el *XXVII Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología*. La sede anfitriona de este año fue la Universidad Camilo José Cela, la cual brindó sus cómodas instalaciones y estuvo atenta a los mínimos detalles.

Entre los mayores aportes del *Symposium* se destaca la inclusión de una pluralidad de enfoques historiográficos, problemas históricos y temáticas que dan cuenta de las diversas tradiciones de investigación histórica de la psicología que se desarrollan en los diferentes grupos académicos de España. Las conferencias principales ponen en valor perspectivas historiográficas que muestran, por un lado, las relaciones entre la psicología y otras disciplinas, como en el caso de la conferencia inaugural a cargo del Dr. Francisco López Muñoz, y, por otro lado, ciertas categorías para entender aspectos más globales y estructurales de la historia, en la conferencia de clausura a cargo del Dr. Marino Pérez Álvarez.

Dentro de esa pluralidad de perspectivas historiográficas y trabajos, un grupo importante de ponencias se centró en la trayectoria intelectual de ciertas figuras individuales y sus aportes a la historia de la disciplina, en relación con su contexto cultural o político. En esta línea de indagación, hubo una gran cantidad de trabajos dedicados a autores españoles y de otras nacionalidades, cuyo papel en el surgimiento, definición o consolidación de una especialidad fue destacado. Desde el punto de vista historiográfico, no obstante, estos trabajos centrados en la obra de figuras individuales adoptan perspectivas y metodologías muy variadas, que van desde análisis bibliométricos, pasando por biografías individuales, hasta historias intelectuales que reconstruyen las relaciones entre la producción del autor y el contexto cultural y político. Entre los autores españoles estudiados se encuentran: Juan Vicente Viqueira en el contexto de una etnopsicología de la música (Marco José Bernal Marcos); los aportes psicológicos de Nicolás Achúcaro en la psiquiatría de principios del siglo XX (José María Gondra Rezola); la obra de Claudi Bassols en el estudio psicológico de los menores delincuentes y los niños anormales (Milagros Sáiz Roca y Dolors Sáiz Roca); Enrique Freijo Balsebre como uno de los pioneros de la psicología en España (Luis María Iturbide Luquín, Ángel González Alonso, Fernando Olabarrieta Artetxe y Enrique Arranz Freijo); la obra de Juan Rof Carballo en la difusión e institucionalización del psicoanálisis en España (Consuelo Martínez Prieto); José Manuel Rodríguez Delgado en la neuropsicología (Juan Antonio Vera Ferrándiz y Francisco Martínez Sánchez); y las tesis doctorales dirigidas por José Luis Pinillos (Julia Osca-Lluch, María Peñaranda-Ortega, Elena Quiñones-Vidal, Cristina Civera-Mollá y Francisco Tortosa-Gil). Entre los autores de otras nacionalidades que se han abordado en el *Symposium* se encuentran Henri Piéron en la psicología aplicada posterior a la Segunda Guerra Mundial (Helio Carpintero); Georges Dumas y su papel en la internacionalización de la psicología francesa (Marcia Consolin); la psicología de la religión de Henri Delacroix en relación con las ciencias históricas y filológicas en el contexto político, social y religioso de la Tercera República (Noemí Pizarroso López); Lightner Witmer en la conformación de la psicología clínica (Elena Bayo Tallón); Havelock Ellis como pionero de la psicología sexual (Sergi Mora Montserrat); la obra de Leonard T. Hobhouse en la primatología moderna y en la psicología comparada (Rubén Gómez-Soriano); la obra de June Etta Downey como una de las pioneras de la

psicología norteamericana (Juan Antonio Mora y José Boyano); y la influencia de las primeras psicólogas norteamericanas en la psicología (Rosa Sos Peña).

Otros trabajos se abocaron al análisis de la utilización conflictiva o la transformación de ciertos conceptos en la psicología o el psicoanálisis, por ejemplo: la concepción ambivalente de la educación en la obra de Freud, como herramienta aplicada a la vez al ámbito de la represión sexual y al de la liberación, examinada por Paulo Jesus Renatus y María Formosinho; el concepto de inteligencia inconsciente en la obra de Charles Richet, estudiado por Manuel Sánchez de Miguel, Carlos María Alcover de la Hera e Izarne Lizaso Elgarresta; la concepción psicológica del alma humana en los sermones del Padre Antonio Vieira en la historia luso-brasileña, analizada por Sandro Rodrigues Gontijo; las relaciones entre el concepto de estrategias de aprendizaje y el de competencias, realizado por María Poveda Fernández Martín, María José de Dios Pérez y Miguel Ángel Pérez Nieto; la utilización de la categoría "animales" en la evaluación de la fluidez categorial, analizada por Pedro Montoro, F. Javier Moreno Martínez y Marcos Ruiz Rodríguez; la idea de la relación entre los videojuegos y la violencia, examinada por Francisco Pérez Fernández, Beatriz Corbí Gran, Joanne Mampaso Desbrow y Claudia Martín-Moreno Blasco.

Otro grupo de trabajos se focalizó en problemas de tipo epistémico que guían un análisis histórico más atento a la construcción del conocimiento psicológico y a la problematización de criterios de demarcación con otras disciplinas o entre diversas especialidades, criterios que suelen usarse en forma acrítica en historias con perspectivas más tradicionales. En la conformación de esos criterios epistémicos se destaca el papel de las vicisitudes institucionales de los contextos locales específicos, así como la circulación de los saberes entre diferentes países y la hegemonía de algunas tradiciones. Entre estos trabajos se encuentra el análisis contextuado de la respuesta de Wundt al Manifiesto de los filósofos de 1913, realizado por Saulo de Freitas Araujo, que muestra los problemas de una visión simplista que sigue insistiendo, en los libros de enseñanza de grado, en que la psicología logró su estatus científico cuando se separó de la filosofía. También se incluye en este grupo de trabajos el de Anna Kathryn Kendrik, quien a partir del problema de la inteligencia infantil dentro de la paidología de la primera mitad del siglo XX, analiza los argumentos con los cuales Ortega y Gasset comparaba a los niños y a los chimpancés, y su relación con las investigaciones de Köhler y de otros expertos en paidología de la época, así como las cuestiones intelectuales y filosóficas implicadas. El trabajo de Alma López Vale muestra cómo la correlación entre alucinaciones y visiones espectrales que se dieron en la psicología del siglo XIX se apoyaban en una tradición típicamente moderna que fue configurando una forma de abordar la espectralidad como forma de afrontar el problema de la muerte. El trabajo de Vicenta Mestre Escrivá, Miguel Bello Tena, Josefa Sánchez Heras, F. González-Pérez y Paula Samper García analiza el papel de los primeros laboratorios psicotécnicos en el desarrollo de una psicología aplicada a la evaluación y tratamiento de jóvenes que se consideraban en riesgo social, durante las primeras décadas del siglo XX. El trabajo de Annette Mülberger Rogele, Aina Elías Marcet, Vanessa Márquez López, Sonia Recuerda Rodríguez y Patricia Torres Arrauz examina el abordaje del jurista español Eugenio Cuello Calón sobre el problema de la anormalidad, pero para analizar las relaciones entre diferentes disciplinas –medicina, pedagogía, psicología, derecho–, mostrando que no hubo consenso en el concepto y la clasificación de la anormalidad.

Otros trabajos abordaron cuestiones de tipo institucional consideradas clave en el desarrollo de la psicología como, por ejemplo, el análisis que Mariagrazia Proietto hace de la *Rivista di Psicologia* que se comenzó a publicar en Italia en 1905, aportando a la vez una metodología de análisis de los contenidos de la revista en cuatro categorías de áreas de la psicología; la historia del Institut Mental de la Santa Creu de Barcelona, como institución manicomial, realizada por Iván Sánchez-Moreno y Alicia Fernández Martínez; el análisis de la creación y puesta en funcionamiento de la estación primatológica en la Isla de Tenerife, realizado por Justo Pedro Hernández González; o bien, el examen de pericias psiquiátricas que argumentan encontradamente diferentes diagnósticos frente a un caso resonante (Virgili Ibarz Serrat).

Entre los estudios que exploraron las relaciones entre psicología y literatura se encuentra el trabajo de Fernando Gabucio Cerezo que indaga el discurso autorreflexivo en una obra literaria, como una forma de narrar los propios estados mentales, y en cuanto tal, lo considera una representación de la dimensión psicológica presente en la narrativa; y el de Francisco López-Muñoz, Pilar García-García, Silvia Salado Font y Cecilio Álamo González que analiza la imagen y concepción de la locura presente en la obra literaria de Miguel de Cervantes, estudio que contribuiría a identificar la visión del enajenado que tenía la sociedad española tardorrenacentista.

Otros trabajos se centraron en preguntas históricas que apuntan a la relación entre las prácticas y saberes psicológicos y otras prácticas sociales más amplias de educación, salud mental, penalización y castigo, ciudadanía, etc. indagando las vinculaciones entre las formas de subjetivación psicológica y de subjetivación política, y el papel del saber experto en las mismas. Tales son los trabajos de la mesa del último día del *Symposium*, que incluyó la ponencia de Arthur Arruda Leal Ferreira, quien utiliza el concepto de gubernamentalidad para analizar las implicancias políticas presentes en los movimientos brasileños de reforma psiquiátrica; la de Jorge Chávez, quien examina el papel de la psicología en diversas prácticas de gobierno de la población en el Uruguay de fines del siglo XIX y principios del siglo XX; la de Ana María Talak, quien indaga las relaciones entre las explicaciones psicológicas de las diferencias individuales y los proyectos políticos de orden social y participación ciudadana en la Argentina de principios del siglo XX; la aportación de Belén Jiménez Alonso, Jorge Castro Tejerina y Edgar Cabanas Díaz, quienes muestran los principios psicosociológicos que estarían presentes en la construcción de la idea liberal de ciudadanía en España a principios del siglo XX, centrándose en este caso en el análisis del marco de pensamiento pragmatista en las perspectivas psicosociológicas de Eloy Luis André, Quintiliano Saldaña y Adolfo Posada, sobre todo mostrando cómo estos autores armonizaban el autogobierno individual con la responsabilidad comunitaria; y por último, el trabajo de José Carlos Loredo y Enrique Lafuente Niño, quienes analizan las nociones de ciudadanía implicadas en una muestra de manuales de urbanidad y buenas maneras publicados en España entre 1898 y 1939.

Algunos congresistas después de una de las sesiones.

Otro tipo de presentaciones estuvieron incluidas en la sesión de pósteres, la cual abarcó temas muy variados, como la historia de la terapia conductual de pareja; la historia del estudio del lenguaje corporal para detectar la mentira; las diferencias en el concepto de violencia que se usan en organizaciones nacionales e internacionales; las implicancias y confusiones en las diferencias involucradas en los conceptos de sexo y género; las transformaciones del concepto de esquizofrenia; las transformaciones de la terapia conductual hasta el *mindfulness*; la contribución de Nina Bull al estudio de las emociones; el funcionalismo cerebral según Cajal y las diferencias en la concepción de Freud, entre otros.

La presencia de la multiplicidad de enfoques historiográficos y problemas históricos mencionados, junto con la participación de investigadores extranjeros (de Brasil, Uruguay, Argentina, Portugal, Gran Bretaña y Francia), en sesiones de carácter plenario, que caracteriza estos eventos anuales, favoreció la discusión y el intercambio de puntos de vista diferentes entre los expositores y la audiencia, miembros de la Sociedad y extranjeros, mostrando a la vez una especie de mapa de la investigación histórica de la psicología en España, que no excluye a la vez la confrontación entre diferentes tipos de preguntas históricas y enfoques metodológicos.

De esta manera, el *XXVII Symposium* sigue mostrando cómo perviven en una comunidad de investigadores formas más tradicionales de investigación junto a planteamientos innovadores. Lejos de conformar un campo homogéneo y unificado, la unidad del área debe buscarse en el reconocimiento colectivo de que ciertos problemas merecen ser investigados, de que es necesario construir una indagación de tipo colectivo, que contribuya a los detalles de una visión de conjunto, pero que siga estando abierta a nuevas aproximaciones y a la exploración de nuevos abordajes historiográficos. El ámbito de la discusión colectiva que promueven estos espacios es fundamental para la constitución de la autoconciencia de quienes desenvuelven la historia de la disciplina, pero, a la vez, para la definición de la agenda de problemas que queda pendiente de resolver. Esta agenda debe tener en cuenta, por un lado, la necesidad de sofisticación de los criterios de análisis y de valoración de los problemas históricos, que permita jerarquizar y diferenciar problemas relevantes de aquellos que son menores y reproducen perspectivas que no contribuyen a desnaturalizar visiones que se dogmatizan en el automatismo de las prácticas de la psicología: prácticas de enseñanza, prácticas profesionales, prácticas de investigación según marcos teóricos no cuestionados, y que al descontextualizarse pierden todo carácter histórico. Por otro lado, y en relación con el punto anterior, esta agenda puede contribuir a consolidar la identidad de la Sociedad Española de Historia de la Psicología, entendiendo esa identidad como una construcción constante, producto de una evaluación de los logros más destacados en la producción del conocimiento histórico a nivel nacional, del impacto que este conocimiento tiene en la enseñanza de la psicología y en las prácticas profesionales, y en relación con las producciones más destacadas a nivel internacional.

J. Mª Gondra, J. A. Vera, F. Gabucio, N. Pizarroso y M. Sánchez, miembros de la nueva junta directiva de la SEHP.

N. E.: Las fotografías aparecen por cortesía de José Mª Gondra.

reseñas críticas

LIBROS

Bencivelli, Silvia (2011). *Por qué nos gusta la música. Oído, emoción, evolución*. Trad. Jorge Rizzo. Barcelona: Roca Editorial, pp. 224. ISBN: 978-84-9918-362-6

Que la música es, como dice la autora, "un paraíso para la neurociencia", es una verdad a gritos. Sin embargo, su ameno libro no se olvida de otras disciplinas como la psicología, la antropología, la etnología y la musicología. Y lo hace de un modo ligero y divulgativo, sin pedanterías ni palabros raros. No en vano, Silvia Bencivelli, con formación médica, conduce en Italia un programa científico que tenía en España un parangón en el espacio *Redes* de Punset, en TVE.

Tres podrían ser los temas más destacados entre las páginas de *Por qué nos gusta la música*: la música como proto-lenguaje o como forma de comunicación social (y de cortejo, incluso); como vehículo (y fábrica) de sentimientos; y el lugar que ocupa en la filogénesis evolutiva del hombre y otras especies. En el extremo opuesto, y con ganas de aguarle la fiesta a las otras posturas teóricas planteadas hasta ahora, la autora situaría los que niegan que la música sirva para nada, afirmando que su aparición en la cultura humana no responde más que al mero placer sin objeto (excepto el del placer propio). Repartidos al alimón en tres grandes bloques –origen y naturaleza de la música, los estudios comparativos con niños y animales, y los efectos psicosomáticos de la música–, la prosa de Bencivelli va variando su discurso entre anécdotas y curiosos experimentos que describe y resume con desparpajo y mucho criterio.

El hincapié se hace sobre todo en las tesis darwinistas sobre la función de la música en la sociedad. Si bien la mayoría de explicaciones surgidas a finales del siglo XIX y principios del XX apuntan la importancia de la musicalidad en el reclamo sexual, otros autores (influidos por Platón y Rousseau, por ejemplo) buscaban el origen en la imitación de sonidos del mundo, que acabaría por convertirse en el medio ideal para la expresión de los sentimientos. Claro que, en el fondo, el debate sigue siendo si el músico *nace o se hace*, y Bencivelli parece al principio no querer posicionarse. A lo largo del libro va arrojando posibles fundamentos psicofisiológicos y pruebas sobre los mecanismos cerebrales que sustentan la experiencia musical, pero quizá por su condición médica termina al final por decantarse hacia las causas que legitiman la adquisición de una capacidad musical a través del lenguaje y el hábito. Por descontado, no hace mención a razones formalistas de la música ni se entromete en disquisiciones estéticas, lo que empobrece un poquito su discurso.

En efecto, abundan las explicaciones de orden neurocientífico por encima de otras apreciaciones, y tan sólo al hablar de la estandarización de los tonos musicales en la cultura occidental consigue por fin desprenderse de la bata de laboratorio. El apunte que ofrece la autora sobre la afinación de los instrumentos retoma lo que Helmholtz, Blaserna, Stumpf, Hornbostel y, posteriormente, Merriam, Blacking y Frith ya habían observado sobre los cambios acaecidos en el oído humano: si bien hasta el siglo XVII imperaba la anarquía sonora entre países y temperamentos organológicos, tuvo que ser Haendel quien pusiera un poco de orden encargando el invento del diapasón a un músico de la corte, con el fin de homogeneizar tanto caos estético. Claro que eso también contrajo nuevas consecuencias, pues la arbitrariedad con la que se imponía un criterio para *una nueva sensibilidad acústica*

también trastocaba la manera de componer, ejecutar y escuchar la música. La nota la, por ejemplo, podía llegar a variar hasta en 200 Hz según el país y la cultura, y hasta la época de Verdi no se consensuó en 432, aunque en algunas partes haya aumentado hasta los 440 (que es, de hecho, la afinación en la que coinciden todas las bandas militares de Europa). Como se ve, ni siquiera las principales potencias mundiales se ponen de acuerdo en universalizar la música, así que pierdan toda esperanza sobre asuntos más prosaicos como el hambre, el paro o la pobreza. Es más, tal y como señala la autora, si hoy Mozart o Beethoven pudieran oír cómo se interpretan sus obras estarían aterrorizados por encontrarlas demasiado agudas.

Pero hay que reconocer que, cuando se mete en *cuestiones pulsionales*, Bencivelli se vuelve más juguetona. Como en el sexo, el sistema límbico se implica de manera directa en los sentimientos (incluidos los estéticos), lo cual explicaría por qué a los tiburones les excita la música de Barry White, por ejemplo, o por qué, al escuchar música clásica de fondo en un restaurante de lujo, los comensales suelen consumir los platos más caros y "refinados" (quizá para estar en sintonía con lo que suena). Es lo que se ha llamado como el "efecto Chateau-Laffite", por ser éste el vino más caro de la carta. Consecuentemente, dice Bencivelli, Mozart también ha servido para ahuyentar a los vándalos en el metro, porque provoca el rechazo estético de un determinado público *target* y se evita así que ronden los andenes administrando un *muzak* incómodo para sus oídos. Argumentos así darían la razón a la tesis freudiana de la sublimación del deseo reprimido a través del arte (y de paso subrayarían los peligros del determinismo campante en libros de divulgación como éste). Pero no explican por qué a los chimpancés les gusta el jazz, los perros odian a Metallica y prefieren a Britney Spears o por qué hay vacas melómanas que, como adelantó Alessandro Baricco hace unos años, producen más leche cuando se les aplica música durante el ordeño, siguiendo los ejemplos que cita la propia autora (el mismo grupo de investigadores del "efecto Chateu-Laffite", por cierto, descubrió que las vacas lecheras prefieren a REM y que Pink Floyd es el favorito de las gallinas ponedoras). Y como no hay nada más aburrido que un ensayo que no admita discusión, Bencivelli cuela por ahí que las ballenas y las aves migratorias cantan en *diferentes dialectos* porque construyen modelos propios sobre estructura A-B-A (o sea, un mismo tema con variaciones), hasta el punto de que se reconocen entre sí por patrones similares al regresar al origen de qué provenían. De hecho, incluso hay una foca en el mundo que se expresa con acento de Maine…

No hay duda de que el estilo provocativo de Bencivelli va a avivar la llama de las neurociencias contra otras disciplinas como la antropología o la psicología de la música. Para empezar, la italiana cuestiona las teorías de Sloboda y Chomsky sobre el instinto rítmico, pues afirman un cierto determinismo innato y biológico en las preferencias musicales. De paso, contradice los *argumentos modulares* de Fodor a la hora de distinguir claramente las funciones cerebrales (en concreto pone en duda que las zonas corticales que cargan con las capacidades de la música y del lenguaje surjan por separado). Para ello recuerda los casos de afasia sin amusia de músicos como Ravel o Shebalin, un colega de Shostakovich que estudió Luria con ahínco. Por su parte, y en tiempos más recientes, la neuróloga Isabelle Peretz lleva media vida grabando con fines académicos a personas que desafinan o que no están dotadas para *una buena expresividad musical*. Uno de sus sujetos experimentales, en concreto, presentaba una amusia terrible pero en cambio manifestaba un extraordinario oído absoluto –el don de reconocer cualquier nota musical sin apoyarse en ningún referente. Bencivelli zanja el debate entre los valores *naturales* que fundamentan la frontera entre consonancia/disonancia diciendo que su base está en el aprendizaje cultural, como quien dirime sobre los gustos alimentarios: escoger los canelones de la abuela no es sólo cuestión de química hormonal.

Y así, sin abandonar el cómodo sillón de las neurociencias santotomasianas –porque tan sólo se creen los asuntos fenomenológicos de la conciencia si pueden verlos registrados en

una imagen–, Bencivelli va introduciendo al lector poco a poco en los asuntos ontogenéticos de la música y en la eterna pregunta sobre el gusto estético: ¿es natural o adquirido? Una anécdota sobre la primera vez que Ravi Shankar actuó frente a un público occidental aclara la opinión de la autora: aplaudieron lo que hasta el momento no era más que la preparación del instrumento (¿estaría ajustando el la en su sitar?). Y pronto rebrota la duda: ¿se nace con un potencial, o éste se puede desarrollar *artificialmente*? Según Carl Seashore, no todos los niños alcanzan un mismo nivel de aprendizaje musical, dependiendo de una predisposición particular y una sensibilidad innata. Y aunque no son pocas las voces actuales que afirman que las nuevas tecnologías posibilitan nuevas formas de escucha musical (Hennion, Blanco, Boesch), siguen abundando las que aseguran que las canciones *por sí mismas* transmiten emociones básicas aunque el sujeto receptor no haya tenido tiempo de elaborarlas ni integrarlas cognitivamente. Es lo que expone Bencivelli sobre el efecto de las nanas en el bebé, creadas según algunos musicólogos como forma de "arrullo a distancia", permitiendo a la madre liberarse de mecer al niño entre los brazos, además de servir como uno de los primeros ejercicios de socialización emocional en su relación con los adultos. Sin embargo, tampoco los neurólogos pueden determinar si las mal llamadas (en Italia) "nanas de la malcontenta" *contagian con la desazón de la madre*, o si las madres exiliadas cantan con mayor desapego a sus hijos, dos apuntes que la propia Bencivelli no aclara ni parece dispuesta a explicar.

El capítulo dedicado a los trastornos vinculados a la música contiene también numerosos casos de estudio: sinestesias, alucinaciones sonoras, ataques epilépticos por escuchar determinadas música a un alto volumen, propiedades analgésicas de ciertas piezas, etc., además de un somero repaso a terapias "inhabituales" como la de soplar un *didgeridoo* unas horas al día para curar la apnea durante el sueño.

Pero, ¿cuál es el verdadero objetivo de Bencivelli? Por supuesto, la lectura de este entretenido libro va a extender sobre la mesa un curioso escaparate de tendencias y líneas históricas de investigación alrededor de la psicología de la música, la antropología musical y otras ramas paralelas de las ciencias humanas. No obstante, en las últimas páginas empiezan a asomarle las orejas al lobo, para alegría de quien esto suscribe. A Bencivelli no le convence eso del "efecto Mozart", que tanta literatura ha producido en el campo de las neurociencias de la música. Concebidos para estimular y mejorar la inteligencia humana, los tratamientos derivados del "descubrimiento" de que Mozart es beneficioso para superar la mediocridad intelectual han llevado a alguna lumbrera a idear métodos para *pre-educar* la sensibilidad estética del feto durante su gestación en el vientre materno, con auriculares que se colocan alrededor de la barriga. Contraofensivas experimentales como las de Schellenberg denunciarían que un simple incentivo o una música cualquiera usada como un leve fondo sonoro durante la evaluación psicotécnica bastan para aumentar significativamente el resultado de un test de inteligencia. Así que da igual que se hable de un "efecto Mozart" como de un "efecto Schubert", un "efecto Beatles", un "efecto caramelo" o un "efecto 5 dólares", como irónicamente declara la autora.

La moraleja es que, mientras sobre el papel los académicos andaban a la greña sobre este asunto, en tiendas, supermercados y cursillos no homologados han ido proliferando los productos relacionados con el "efecto Mozart" –libros, discos, CD-roms, páginas webs, conferencias de pago, etc.–, supuestamente orientados a cultivar la inteligencia de todo el mundo. No deja de ser una valiente declaración de principios que Bencivelli convide a hacer un estudio sobre los efectos del "efecto Mozart", sin duda más lucrativos y, por qué no, también más divertidos.

Iván Sánchez Moreno
UNED

La ilusión de abrir la "caja negra"

Guillaume, Fabrice; Tiberghien, Guy; Baudouin, Jean-Yves (2013). Le cerveau n'est pas ce que vous pensez. Images et mirages du cerveau. Grenoble: PUG, pp. 201. ISBN: 978-2-7061-1779-4

El trabajo que se discute a continuación abre un debate sobre los fundamentos teóricos y operacionales de la tentativa de crear una "psicotecnia de la mente" –en palabras de los autores– apoyada en la imaginería cerebral y en la reducción de los fenómenos psíquicos a sus determinantes biológicos. Su objetivo general es examinar las condiciones de validación de los nuevos conocimientos basados en la neuroimaginería y sus aportaciones específicas sobre la cognición humana. Más concretamente, el trabajo pretende arrojar luz sobre las diferentes etapas de la "fabricación" de las imágenes del cerebro y sobre lo que es una neuroimagen, qué es lo que nos puede decir y qué no. Los autores enfatizan que la neuroimaginería cerebral se apoya en postulados sobre el funcionamiento cerebral que todavía hoy en día siguen siendo muy debatidos y que en gran medida beben de las teorías frenológicas decimonónicas (algo que ya nos han advertido diversos historiadores de la psicología como, por ejemplo, Kurt Danziger, 2008; Fernando Vidal, 2009; o Nikolas Rose, 2013). También subrayan los problemas ligados a las dificultades metodológicas y, sobre todo, interpretativas que surgen a la hora de "leer" la mente en el cerebro. Además, los autores discuten las implicaciones de la reducción de la mente a la biología y las nuevas áreas de aplicación que esta interpretación está abarcando (por ejemplo, los dominios del *marketing* y de la justicia).

En el capítulo 1 y tras un breve recorrido por la historia de los personajes que han estudiado las relaciones espíritu-cerebro desde la Grecia clásica hasta la edad moderna, los autores establecen varios hitos históricos situados en los autores establecen varios hitos históricos situados en el siglo XIX. Según los mismos, en el marco de la filosofía positivista está la base de la constitución de la radical naturalización del espíritu implicada en la neuroimaginería cerebral: más concretamente, en la frenología impuesta por Franz-Joseph Gall y la consecuente localización de las facultades mentales, y la creación de dispositivos técnicos de registro de la actividad mental (desde la cronometría mental inicial de Franciscus Cornelis Donders, pasando por el registro de la latencia de respuesta, hasta el método de disociación de autores como Lawrence Weiskrantz y Elizabeth Warrington). Sin embargo, los autores consideran que ha sido sobre todo el conductismo, con su énfasis en los comportamientos observables y en la búsqueda de "indicadores" objetivos de comportamientos no observables, en sus versiones "mediacionales" (Edward Chace Tolman, Clark Leonard Hull, etc.), el que ha llevado a esta omnipresencia de la neuroimaginería funcional en la literatura científica actual. Pero, como discuten en profundidad los autores, determinar cuáles son los indicadores comportamentales no es sólo una decisión técnica, sino también teórica y, en consecuencia, hay que reflexionar –y explicar– nuestras elecciones sobre los constructos hipotéticos y las variables intermediarias a estudiar. Así, entre otras cosas, los autores sugieren que habría que comenzar justificando la supuesta superposición perfecta y estable de estados mentales y estados cerebrales y el hecho de que estas subdivisiones puedan ser aisladas gracias al método de disociación. Dicho de otra forma, habría que justificar el presupuesto de la asociación entre una región cerebral concreta (especializada) y una función cognitiva particular. También habría que justificar la separación entre procesos mentales y el que la percepción, la atención y la memoria sean entidades cognitivas que pueden ser supuestamente disociadas. Los autores abordan ciertas críticas que son similares a las planteadas a la teoría modular de Jerry Fodor y que desplegarán poco a poco en los capítulos siguientes, una vez discutida la fabricación de imágenes del cerebro.

Precisamente de esto último hablan en el capítulo 2. En él analizan los postulados que sostienen el uso de la imaginería cerebral, incidiendo una vez más en su proximidad teórica con la frenología, y se preguntan qué es lo que la neuroimagen representa realmente. Partiendo del hecho de que la relación entre la actividad cerebral y la cognitiva no es más que correlativa y no causal, se examinan diferentes tipos de imaginería cerebral (la electromagnética, como el electro-encefalograma y el magneto-encefalograma, y la metabólica, como la resonancia magnética funcional o la tomografía por emisión de positrones, siendo estos últimos los métodos de imaginería cerebral en sentido estricto) y más concretamente los protocolos experimentales y los métodos de análisis empleados. Este examen les permite mostrar que, en función del protocolo o de los análisis estadísticos empleados, hay más de cuatro mil seiscientas combinaciones posibles de análisis específicos a partir de una misma señal de origen. En definitiva, las activaciones resultantes dependen en gran medida de las decisiones metodológicas y teóricas tomadas durante la investigación. Así, vemos cómo el hecho de obtener resultados muy diferentes en función de los parámetros y de los métodos de análisis utilizados supone un verdadero problema a la fiabilidad y la generalización de los resultados que, según sugieren los autores, debe ser superado en el futuro gracias a una hoja de ruta común y consensuada.

En el capítulo 3, los autores continúan con la crítica a los procedimientos (por ejemplo, las dificultades para establecer tareas de control válidas) y, sobre todo, a las inferencias causales realizadas en imaginería cerebral. Insisten en que "localizar no es explicar" y que demostrar que la presencia de un patrón particular de activación cerebral acompaña el rendimiento o la ejecución (*performance*) en una tarea particular no es de gran interés: la cuestión interesante es más bien saber cómo el proceso (la función cognitiva) es implementado en el nivel nervioso, es decir, qué hace el cerebro para permitir la emergencia de un estado mental u otro. Para ilustrar más adecuadamente estas críticas, los autores toman como ejemplo la memoria o, más bien, las memorias y muestran la existencia de diversos tipos de estudios: algunos subrayando la importancia funcional del sistema hipocámpico (crucial para el proceso de recolección del recuerdo), otros alejándose de las hipótesis iniciales sobre la localización de la memoria y preguntándose por la relevancia del objeto de memoria, la naturaleza del recuerdo y el contexto de utilización. Los autores del libro que reseñamos afirman que es necesario acabar con el modelo clásico localizacionista y substituirlo por modelos dinámicos de integración funcional donde la neuroimaginería debe ser asociada, si quiere ser fecunda, a la aproximación computacional y a su formalización algorítmica (una perspectiva que, en principio, no resolvería los problemas ligados al hecho de que la acción de recordar forma parte de una situación humana, de un escenario social y cultural, a partir del cual se deriva su significado).

En el capítulo 4, los autores ponen de manifiesto cómo el prefijo "neuro" se ha convertido en el objetivo de espectaculares inversiones financieras y en un motivo de apoyo mediático considerable. Señalan que, desde que los años noventa fueran declarados la "década del cerebro", ha habido una importante penetración de las neurociencias en nuevos y diversos territorios económicos, sociales y políticos: neuro-economía, neuro-marketing, neuro-política, neuro-derecho, neuro-teología, neuoro--ética, neuro-estética, neuro-pedagogía, etc. Los autores analizan algunos de estos "neuro-algos" –en sus propias palabras– y critican la fascinación por las imágenes cerebrales que parecen transformar *ipso facto* la experiencia subjetiva en fenómenos objetivos, inmediatamente perceptibles y comprensibles por todos (algo que nos recuerda un poco a la seducción que la fotografía ejercía a finales del siglo XIX, considerada entonces como herramienta fidedigna para captar la realidad). Ahora, como plantean claramente los autores al final del capítulo, ¿acaso el escáner del cerebro de una persona es suficiente para conocer sus opiniones políticas? O, como plantea Kurt Danziger en *Marking the mind, a history of memory*, ¿la acti-

vación del hipocampo es suficiente –si bien que necesaria– para acordarse de dónde hemos aparcado el coche? Desgraciadamente, el reduccionismo cerebral y el ilusionismo basado en lo "(neuro)científicamente probado" están posibilitando la implantación de una serie de medidas preventivas, en muchos casos de carácter estatal, que deberían ser sometidas a discusión ética. Y, como subrayan y discuten explícitamente los autores, la naturalización de categorías sociales puede llevar a producir injusticias como las establecidas por las clasificaciones biológicas del siglo XIX, cuando el comportamiento "desviado" de criminales, homosexuales, etc., era explicado por su supuesta especificidad anatómica o fisiológica.

En el capítulo 5, los autores continúan ofreciendo argumentos que muestran hasta qué punto es exagerado seguir empleando esta metáfora de inscripción cerebral. Subrayan la importancia de otro elemento que con frecuencia es ignorado en el análisis de los patrones de coordinación entre los conjuntos neuronales: el tiempo. Y, sobre todo, llaman la atención sobre la co-evolución de la estructura cerebral, las funciones cognitivas y la vivencia fenomenológica, y, aunque sea tímidamente al final del capítulo, mencionan la noción de cognición como acción encarnada de Francisco Varela, cuyos trabajos parecen estar ahora revalorizándose.

Por último, en las conclusiones los autores hacen explícito lo evidente, al menos, si se ha seguido el razonamiento histórico, teórico y metodológico hasta este punto: 1) que no podemos observar el pensamiento o la cognición (no hay consenso sobre los términos, pero con frecuencia se superponen en la bibliografía científica) en el cerebro gracias a las nuevas técnicas de imaginería cerebral; 2) que tan sólo podemos inferirlo o reconstruirlo a partir de sus productos (científicos, artísticos, etc.); y 3) que el cerebro "no piensa" (es una metáfora), sino que es la persona la que piensa: no es el cerebro el que aprende, como sugieren los neuro-pedagogos, ni es el hipocampo el que encuentra el coche en el parking, somos "nosotros" quienes lo hacemos y esta acción no puede entenderse sin el contexto individual, cultural, histórico y social. Los autores terminan el capítulo con una frase del neurofisiológico francés Michel Imbert, que ilustra bien su perspectiva y que por ello se reproduce aquí: "Las neurociencias son ya lo suficientemente excitantes sin que tengamos que construir una neuromitología cientificista que haga pensar que podemos ver al cerebro 'pensando' (olvidando con ello que el cerebro no piensa) y, sobre todo, que podemos ver directamente 'qué piensa'" (2006, p. 476).

En este libro, los autores elaboran una reflexión crítica, razonada y discutida con sólidos argumentos teóricos, metodológicos e históricos que no deberían ser ignorados. Tan sólo podría añadirse que ya diversos historiadores de la psicología –no citados en la bibliografía, dicho sea de paso– han analizado en detalle muchas de las cuestiones teóricas discutidas mínimamente en el libro, pero es cierto que la historia no parece tener la "legitimidad" o, mejor dicho, la "legitimación" que sí podría encontrar la psicología cognitiva experimentalista (motivo por el que este trabajo es doblemente bien recibido, si sus críticas consiguen hacerse escuchar). Ahora, la psicología sugerida por estos autores no es la única alternativa posible y, como lo sugiere Danziger (2008), ya autores como Maurice Halbwachs, Frederic Barlett o Lev S. Vygotski han mostrado que la cognición y, más concretamente, la memoria no está "en la cabeza".

Bibliografía

Danziger, K. (2008). *Marking the Mind. A History of Memory*. Cambridge: Cambridge University Press.

Imbert, M. (2006). *Traité du cerveau*. París: Odile Jacob.

Rose, N.; Abi-Rached, J. M. (2013). *Neuro: the new brain sciences and the management of the mind*. Princeton: Princeton University Press.

Vidal, F. (2009). Brainhood, anthropological figure of modernity. *History of the Human Sciences, 22*(1), 5-36.

Belén Jiménez
UNS

N E C R O L Ó G I C A S

Tras las huellas de Eugene Taylor (1946-2013)

El 30 de enero de 2013 falleció en Cambridge, Massachusetts, Eugene Taylor. Graduado en Psicología por la *Southern Methodist University* (SMU), Dallas, Texas, se había incorporado en 1977 a la *Harvard Divinity School* de Cambridge, obteniendo el Ph.D. en Historia de la Filosofía y Psicología por la Universidad de Boston. Durante veinte años, hasta el fin de sus días ejerció su magisterio en la Facultad de Psicología de la Universidad Saybrook (CA).

Investigador destacado en Historia de la Psicología en la Harvard Medical School, y fundador del *Cambridge Institute of Psychology and Religion*, en su brillante trayectoria académica y profesional destaca su magisterio y profundo conocimiento de la obra de William James. Entre la gran cantidad de libros y documentos que la familia de James había donado a la biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard en 1923, Taylor logró encontrar y clasificar las páginas y notas manuscritas por James de las conferencias pronunciadas en el Instituto Lowell el año 1896. El resultado fue la publicación del libro *William James on Exceptional Mental States . The 1896 Lowell Lectures* (Taylor,1983).

La aportación de Taylor ha permitido abrir nuevas vías de investigación en la obra de James. No resulta fácil entender ese salto de James desde los *Principios de Psicología* a las *Variedades de la Experiencia Religiosa*. El más difícil todavía de James, una pirueta inconclusa, supondría su *Pragmatismo*, que pretende llevar hasta sus últimas consecuencias con el empirismo radical. ¿Qué pretendía James? ¿Serían sus objetivos inalcanzables? Taylor sostiene que con su metafísica del empirismo radical se dirigía a los psicólogos instando a la renovación de su propia ciencia. La veía constreñida por el positivismo radical.

En los estados psicológicos excepcionales, Eugene Taylor cree encontrar el enlace entre psicología y filosofía. Estaba convencido, al igual que William James, de que en la conciencia hay múltiples dimensiones, que van más allá de la conciencia de la vida cotidiana, del inconsciente freudiano, de los sueños y de los instintos. En la conciencia subliminal, "más allá de los márgenes de la conciencia" hay estados de conciencia espirituales y trascendentes. ¿Lo místico, lo religioso? Ninguna experiencia puede ser ajena a la psicología. El estudio de la conciencia fue para Taylor el eje central de la psicología, en la que deben implicarse todas las experiencias subjetivas. El más allá de la conciencia nos lleva de su mano a la psicología de la persona: no hay parte alguna de la ciencia que no involucre la conciencia personal en algún momento.

Nos enfrentamos, señala Laughlin (1992), en *Brain, Symbol and Experience: Towards a Neurophenomenology of Human Consciousness*, a la complicada relación entre la conciencia y el mundo de la vida, entre la mente del científico y lo que él estudia. Es la red enmarañada de las relaciones entre la información objetiva y la experiencia subjetiva. "¿Estamos asistiendo a un renacimiento de la Psicología Humanista?" (Taylor, 1999). Eugene Taylor ha revalorizado la posibilidad de una ciencia de la conciencia sobre una epistemología alternativa al positivismo reduccionista. Lo que hace más de cien años había intuido William James, gracias al desarrollo actual de las neurociencias, de modo especial en el campo de la neurofenomenología, ha sido posible abrir la ruta hacia la biología de la conciencia.

¿Estarán las huellas de Taylor en los márgenes de la Psicología? Sin duda los pasos de James también fueron controvertidos. Hoy los surcos de Taylor penetran en James. Para el profesor Nassir Ghaemi (2013), psiquiatra de la Universidad de Tufts, Taylor ha sido la reencarnación de William James en el siglo XX.

La pérdida de Eugene Taylor –Gene, entre sus amigos–, en palabras de Mark Schulman (2013), rector de la Universidad de Saybrook: "un gran erudito y maestro respetado por todos aquellos con quienes entró en contacto,

Referencias

Ghaemi, N. (2013). Eugene Taylor in Memoriam: The Karma of William James. Making pragmatism spiritual. *Psychology Today.* Publicación on-line, 6 de febrero. Disponible en:http://www.psychologytoday.com/blog/mood-swings/201302/eugene-taylor-in-memoriam-the-karma-william-james (última visita 4 de julio, 2014).

Schulman, M. (2013). Eugene Taylor, Professor of Psychology, has passed away. *The Saybrook Forum*. Publicación on-line, 30 de enero /2013. Disponible en: http://www.saybrook.edu/forum/univ/eugene-taylor-professor-psychology-has-passed-away (última visita 4 de julio, 2014)

Bibliografía recomendada

Taylor, E. (1983). *William James on Exceptional Mental States. The 1896 Lowell Lectures.* Nueva York: Scribner's Sons.

Taylor, E. & Wozniak, R. (1996). *Pure Experience, the Response to William James: An Introduction (pp. IX-XXXII)*. Bristol, CT: Thoemmes Press.

Taylor, E. (1996). *William James on Consciousness beyond the Margin. Princeton,* Nueva Jersey: Princeton University Press.

Taylor, E. (1997). *A Psychology of Spiritual Healing*. West Chester, PA: The Swedenborg Foundation.

Taylor, E. (1999). An intellectual renaissance of humanistic psychology? *Journal of Humanistic Psychology, 39*(2), 7-25.

Taylor,E. (1999). *Shadow Culture: Psychology and Spirituality in America*. Washington, DC: Counterpoint Press.

Taylor, E. (2010). William James and the Humanistic Implications of the Neuroscience Revolution: An Outrageous Hypothesis. *Journal of Humanistic Psychology. 50*(4), 410-429.

Juan José Fernández Teijeiro
Colegio de Psicólogos de Cantabria/
Real Academia de Medicina de Cantabria

TESIS DOCTORALES

La felicidad como imperativo moral. Origen y difusión del individualismo "positivo" en el capitalismo neoliberal y sus efectos en la construcción de la subjetividad. Edgar Cabanas Díaz. Dirigida por José Carlos Sánchez González y Juan Antonio Huertas Martínez. UAM, diciembre de 2013.

El objetivo principal de esta tesis es el estudio de lo que aquí se denomina *individualismo "positivo"*, esto es, del modelo de individuo que subyace al discurso neoliberal de la felicidad. Para ello, y desde una perspectiva constructivista, se lleva a cabo un análisis histórico y actual de su contenido ético, psicológico y moral, al mismo tiempo que se estudia su evolución en el contexto ideológico, político, económico y popular norteamericano a lo largo del periodo que comprende desde el liberalismo clásico al neoliberalismo actual pasando por el liberalismo progresista norteamericano de comienzos del siglo XX.

Este objetivo se articula a través de dos tesis principales: la primera de ellas defiende que el individualismo "positivo" supone la culminación de todo un proceso de creciente hipertrofia, naturalización y sustantivación del espacio de lo psicológico que, en nombre de la búsqueda de la felicidad individual, se lleva produciendo a lo largo del siglo XX. La segunda tesis defiende que la noción de felicidad, gracias principalmente a su proceso histórico de transformación en un objeto natural y científico, se ha convertido en uno de los marcos axiológicos capitales y virtualmente irrevocables de las sociedades neoliberales.

Ambas tesis se desarrollan junto con cinco objetivos secundarios. Primero, comprender cómo y por qué una determinada noción de felicidad ha llegado a tomar un protagonismo tan central como guía práctica en la vida coti-

diana de las personas en nuestras sociedades actuales. Segundo, explicar cómo y por qué precisamente la felicidad y no otro valor cualquiera se ha convertido en una forma de dominación tan efectiva en las sociedades neoliberales. Tercero, analizar en qué sentido la moderna narrativa de la felicidad individual genera nuevas formas de sufrimiento psicológico. Cuarto, estudiar cómo y por qué la felicidad ha llegado a concebirse como una propiedad psicológica, natural y universal, ocultando con ello tanto su reciente historia y su relatividad cultural, como el enorme contenido ideológico, metafísico, moral y económico que subyace a la misma. Y quinto, argumentar en qué sentido la noción liberal de felicidad mantiene una estrecha relación histórica y actual con la evolución del capitalismo en general y con la evolución de la ética empresarial en particular.

Las respuestas a estas cuestiones se desarrollan a lo largo de los dos grandes bloques en los que se organiza el trabajo (más una introducción y una conclusión). En el primer bloque se lleva a cabo una justificación histórica del individualismo "positivo" a lo largo de cuatro capítulos. A este respecto, los tres primeros están dedicados al análisis de la ética liberal y de la noción de *Self-Made Man* (capítulo 2); al análisis del Transcendentalismo norteamericano y al desarrollo de la metafísica terapéutica de la felicidad en movimientos como el Nuevo Pensamiento (capítulo 3); y al análisis de la evolución de la ética empresarial, de la literatura de autoayuda y de la emergencia de la psicología industrial como afianzamiento institucional de ciertas nociones populares sobre el funcionamiento psicológico del individuo y sobre la naturaleza de la felicidad, todas las cuales se introducirían en la academia a través de la Psicología Humanista (capítulo 4). El último capítulo del primer bloque analiza el Pragmatismo clásico en general y la obra de John Dewey en particular como una de las líneas de pensamiento psicológico, político y social que, si bien anclada también en una tradición liberal, protestante y típicamente norteamericana, se opuso al discurso dominante de la primera mitad del siglo XX (capítulo 5).

En el segundo bloque, y a lo largo de cinco capítulos principales, se analizan en el contexto actual los componentes principales de la antropología y la ética neoliberales (capítulo 6); se examinan las categorías de *autocontrol, autoconocimiento, autocultivo* y *autodeterminación*, todas la cuales, en conjunto, conforman lo que aquí se denomina la "arquitectura psicológica de la felicidad" del individualismo "positivo" (capítulo 7); se comentan qué características de la idea de felicidad contemporánea la han permitido instituirse en un principio de intervención y de preocupación política de primer orden (capítulo 8); se analiza cómo y para qué propósitos el conjunto de repertorios y de técnicas psicológicas de la felicidad han llegado a ocupar un lugar tan central en las prácticas del mundo empresarial, en general, y en la noción de "capital humano", en particular (capítulo 9); y se indaga en el proceso por el que la Psicología Positiva y la literatura de autoayuda se erigen en la actualidad como los principales representantes y difusores académicos y populares, respectivamente, del individualismo "positivo" (capítulos 10 y 11).

La incierta historia de Francine Descartes, o un autómata en el fondo del mar

Iván Sánchez-Moreno
UNED

En *El coleccionista de almas perdidas*, Irene García (2006) fabula con el origen de la tesis freudiana de lo siniestro (*unheimliche*). Según la autora, Freud se encaprichó de un autómata que se asemejaba al filósofo René Descartes, que le inspiró no pocas inquietudes por la viveza de su ciega mirada. Lo más probable, sin embargo, es que el padre del psicoanálisis se basara para su teoría en su particular lectura de *El hombre de arena*, extraído de entre los cuentos de E.T.A. Hoffmann que Jacques Offenbach convirtió en ópera en 1879. En dicho libreto se entrelazan varias historias, entre las que destaca la del personaje de Olimpia, una muñeca mecánica de la que se enamora perdidamente el protagonista. Ésta es, probablemente, la posible conexión entre la teoría freudiana y estos seres automáticos con fines lúdicos.

De hecho, Irene García relata entre las páginas de su citada novela que el propio Descartes encargó una reproducción idéntica de su hija Francine, capaz de imitar sus movimientos con total autonomía. Dicha autómata rompía con el axioma de que tan sólo los seres humanos presumieran de estado mental. La "falsa" Francine era la clara demostración de que un autómata no sólo actúa determinado por su propia supervivencia y que su organismo funcione exclusivamente por la mecánica de un artilugio programable y sin vida. Esta idea sería retomada luego por Jacques de Vaucanzon, quien creó un pato mecánico en 1739 dotado de un aparato digestivo completo. La intención de un pato mecánico en 1739 dotado de un aparato digestivo completo. La intención de este inventor era construir toda una serie de autómatas capaces de realizar funciones biológicas básicas: la digestión, la respiración, la circulación de la sangre, etc.

Es cierto que Descartes tuvo una hija. Pero no es algo que se precie mucho en su biografía "oficial", dado que la concibió con su criada en Amsterdam, Helena Jans van der Strom. La pequeña Francine fue bautizada el 7 de agosto de 1635. Para evitar el escándalo, el filósofo la hizo pasar por su sobrina. La vida de Francine coincidió con la redacción del célebre *Discurso del método*, pero la muerte le llegó en plenas *Meditaciones*. En efecto, cinco años después de venir al mundo, en la fecha del 7 de septiembre de 1640 moría la pequeña Francine a causa de la escarlatina. Descartes, que la quería con locura, se obsesionó tanto con su pérdida que mandó hacer una reproducción fiel de la niña, hasta el punto de que, según cuenta García, viajó con "ella" en barco con rumbo a Suecia, donde fue reclamado por la reina Cristina como docente personal.

El capitán del barco, ávido de las posibles riquezas que un hombre sabio pero algo pirado pudiera llevar consigo a bordo, se coló en el camarote del filósofo y abrió el cofre que contenía *el cuerpo sin vida* de Francine. Cuando hubo forzado el candado de la improvisada "tumba", el hombre quedó asombrado por la perfección antropomórfica de aquella muñeca

inerte, que Descartes guardaba allí como su más preciado tesoro. Pero al verla de repente alzarse, girar su cabeza, mirarle fijamente y dirigirle unas programadas palabras de cortesía, el capitán fue preso de un ataque de paranoia. Arremetió contra la niña-robot, salió disparado del camarote y lanzó por la borda a Francine, que se hundió para siempre en el fondo del mar, para nuevo disgusto del filósofo.

Su *affaire* con la reina Cristina de Suecia no le fue mucho mejor. La prima de Isabel de Bohemia no demandaba más que sus servicios para practicar el francés y el griego, y no tanto para debatir sobre la naturaleza del *cogito* y esas cosas. Para mayor desgracia, la estancia del filósofo no cumplió ni medio año entre el mes de octubre de 1649 y febrero de 1650, cuando se le diagnosticó una pulmonía que iba a llevarle definitivamente a la muerte.

Si alguien decidió de veras hacer una reproducción de Descartes animado por algún motor mecánico oculto en su interior es algo de lo que no tenemos constancia. Que dicho autómata llegara a manos de Freud es aún más improbable, por más que lo asegure Irene García en su aclamada novela. Pero en caso de ser así, la historia bien merece un hueco en las estanterías de este polvoriento desván.

Bibliografía

García, I. (2006). *El coleccionista de almas perdidas*. Barcelona: Círculo de Lectores.

Fe de erratas

Respecto al artículo titulado *El largo periplo del higo pródigo* incluido en la sección *El Desván de Psi* del pasado B-SEHP nº 51(i), el Dr. Héctor García de Frutos nos hizo llegar una serie de observaciones que corrigen sustancialmente algunos aspectos del citado texto.

Jacques Lacan conoció a Sylvia Bataille en 1934, y no sería hasta 1938 que consumarían su relación sentimental cuando hacía ya cuatro años que ella vivía separada de su marido, Georges Bataille. No es hasta 1941 que Lacan se divorciara de su esposa Marie-Louise, cuando ésta ya hacía tiempo que sabía de su romance con Sylvia. Finalmente, Lacan y Sylvia se casarían en 1953. Es de relevancia señalar que Lacan no pudo llevar antes a su amante a Guitrancourt porque compró la casa de campo en 1951. Asimismo, debe subrayarse que la compra del cuadro de Courbet sobre el que versa el citado artículo fue en 1955. En cuanto al supuesto embargo de los bienes materiales de Lacan tras su muerte no fue tal y como se apunta. El cuadro fue donado al Estado francés en 1993 como pago de los derechos de sucesión de la familia doce años después del deceso de Lacan. Por ende, éste no dejó deudas a su mujer precisamente, sino todo lo contrario.

También resultan osadas algunas apreciaciones como son la infundada tendencia voyeurística de Lacan sin apoyo referencial y la calificación de abandono respecto a la separación con Marie-Louise. Por último, se atribuye equivocadamente una frase a Lacan: "La mirada es la erección del ojo". No obstante, éste únicamente evocó a la erección en su Seminario XI al hablar del fenómeno de la anamorfosis, y no en tales términos. La causa de la confusión quizá se encuentre en un texto de Jean Clair (*El desnudo y la norma*) que relaciona arte y psicoanálisis.

Desde estas páginas queremos agradecer al Dr. García de Frutos sus pertinentes puntualizaciones y disculparnos por los errores cometidos.

JUNTA DIRECTIVA

Presidenta: José María Gondra
Vicepresidente: Juan Antonio Vera
Secretaria: Noemí Pizarroso
Tesorero: Manuel Sánchez de Miguel
Vocales: Fernando Gabucio
Natividad Sánchez
Javier Bandrés

SEDE SOCIAL

Dpto. de Psicología Básica
Facultad de Psicología
Universidad Autónoma de Madrid
Campus de Cantoblanco
28049 Madrid

EDITORES

Principales
Belén Jiménez
(Coordinación y gestión de contenidos)
Rubén Gómez-Soriano
(Maquetación e ilustraciones)

Equipo editorial
Noemí Pizarroso
Iván Sánchez-Moreno

E-mail: boletinSEHP@gmail.com
Fax: 913987972

Dpto. de Psicología Básica I
Facultad de Psicología

Universidad Nacional de
Educación a Distancia
C/ Juan del Rosal, 10
Madrid, 28040

Depósito Legal número:
M-46578-2006
ISSN: 1887-2824

Este Boletín terminó de imprimirse
el día 13 de julio de 2014